

Véndese este tomo,  
al precio de 10 REA-  
LES en toda España,  
en la Administracion  
del *Mundo Político*,  
Ballesta 9, 2.º dere-  
cha, Madrid; en Gra-  
nada, calle de la Cruz  
núm. 28, y calle de  
las Escuelas, núm. 3,  
casa de D. Juan Orte-  
ga Gutierrez.

MIGUEL GUTIERREZ.

# ALBORES

ENSAYOS POÉTICOS, CON UN PRÓLOGO

DE

D. VICENTE BARRANTES

DE LAS ACADEMIAS

ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

DRPS  
FA  
948

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500770492





Véndese este tomo,  
al precio de 10 REA-  
LES en toda España,  
en la Administración  
del *Mundo Político*,  
Ballesta 9, 2.º dere-  
cha, Madrid; en Gra-  
nada, calle de la Cruz  
núm. 28, y calle de  
las Escuelas, núm. 3,  
casa de D. Juan Orte-  
ga Gutierrez.

MIGUEL GUTIERREZ.

# ALBORES

ENSAYOS POÉTICOS, CON UN PRÓLOGO

DE

D. VICENTE BARRANTES

DE LAS ACADEMIAS

ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUTIÉRRA,  
calle de Mesones núm. 17.

1881



p. 32  
RNN

1

Al Exmo. Sr. marqués de ...  
en testimonio de gratitud y afecto

M. Gutiérrez

ALBORES.

# ALBORES.

---

ENSAYOS POÉTICOS

DE

MIGUEL GUTIERREZ

CON UN PRÓLOGO DE

D. VICENTE BARRANTES

DE LAS

ACADEMIAS ESPAÑOLA

Y DE LA HISTORIA

---

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LOPEZ GUEVARA

*calle de Mesones, núm. 17.*

1881



FL DRPS FA/0948

0500770492

---

## PRÓLOGO.

---

En ningún siglo de la historia ha dado la poesía tantas pruebas de ser inmortal como en el presente, que acorralada, menospreciada y oscurecida por todos los elementos de la vida social, todavía se atreve á parecer de tarde en tarde en público teatro, donde apenas si hay plaza para ella entre los saltimbanquis y Dulcamaras. Gladiadores de la república de las letras llamó Nisard á cierto linage de publicistas, y á fé que mejor cuadrara este nombre á los que en lo antiguo se llamaban secamente poetas, hoy planta exótica si nunca las hubo, que bien mirado el caso no se sabe cómo arraiga ni menos cómo florece, en una tierra solo abonada para el prosaismo, para los sentimientos prosáicos y para la prosa.

Cuando nos cae en las manos un libro excelente de poesía, como el que inspira estos renglones, parecenos que caemos nosotros de las



nubes. ¿Qué todavía se publican versos en España? ¿Qué todavía hay quien los hace? Pero no nos atrevemos á seguir preguntando si hay todavía quién los lea, porque tenemos casi por seguro que no nos contamos por centenares. La decadencia de la bella literatura es visible. Carece la España moderna de juventud, que es la que en todos los pueblos sostiene en los altares de la poesía el fuego sagrado, y este fenómeno desconsolador bastaría él solo para secar todas las fuentes del Parnaso, aunque fueran tan caudalosas como el Missisipí, que no es juventud ciertamente ese enjambre que puebla nuestras Universidades, ávido de gozar en vez de soñar, que á los eternos ideales del alma antepone las tremendas realidades de la vida, y que hace seco estío de su hermosa primavera, conscientemente, deliberadamente, empujada por fuerzas fatales y causas muy hondas, que ella misma lamentará cuando haya llegado al abismo donde la llevan.

Cada excepcion de esta regla casi general debe escribirse en los Fastos capitolinos de la literatura, y á tal honor tiene derecho el Señor Gutierrez, que es un jóven viejo, como se apellida hoy en son de mofa á los que no luchan á brazo partido con las sábias leyes de la naturaleza, y al salir de las áulas, en vez de hacerse oradores de club ó pretendientes de destinos, reparten su existencia entre el estudio y los pla-

ceres lícitos de la hermosa edad de las ilusiones. Verdad es que nos viene el poeta con su libro de los *Albores* de una de las más poéticas regiones de España, donde nunca será derrocado el trono de las Musas, tan combatido por la anarquía en esta tierra de los castillos que ya reniegan de los leones. Granadino y de entendimiento grave, de convicciones profundas, de sensibilidad esquisita, sus versos exhalan un perfume que no parece de esta edad, grata esperanza para las letras en la futura. Y sin embargo, sospechamos que no es la poesía ligera y amorosa la que ha de obtener al fin su predileccion, sino la filosófica ó la satírica. De este último género hemos visto algun ensayo en diarios de Madrid, que tiene rasgos superiores, más semejantes á Rioja que á Quevedo. Parécenos tambien que escribe demasiado y que lima poco, defectos de su edad y su época, que nos importa á nosotros desde el principio consignar y á él corregir. Es justamente lo contrario de lo que aconsejan á los literatos Goethe, y la generalidad de los preceptistas. Él, que igualmente cultiva este género con vistosos frutos, está más obligado que otros á conocer la importancia de la correccion. No ensayarse en todos, es tambien consejo prudente á las impacencias juveniles.

Si hubiera el Sr. Gutierrez acertado á nacer treinta años antes, ya tendría una reputacion de jóven de esperanzas, con la cual y una mediana



dosis de atrevimiento y desparpajo podria en alas del periodismo y la política, remontarse á las cumbres del poder y la fama, que no por mejores caminos los alcanzaron otros en aquel tiempo; mas en los que corren, todas las cualidades con que tan gallardamente se nos presenta, antójanosenos otros tantos vicios de nulidad, que nos impiden hacerle prósperos augurios. Naturaleza verdaderamente poética la suya, corazon recto y espíritu nutrido de sentimientos cristianos, únicamente puede aspirar con sus versos el Sr. Gutierrez al aprecio de los hombres de bien, que van siendo una insignificante minoría. ¡Quiera Dios que se contente con ese premio, que es despues de todo el que más satisface á las almas bien templadas!

En su libro se retrata de cuerpo entero, como todo escritor primerizo. Es un ramillete de tempranas flores, elegidas al azar y no siempre con acierto, pues sospechamos que guarda su cartera cosas mejores, principalmente en el género satírico. Asi resultan los *Albores* un tanto confusos y sin carácter, cuando su autor tiene una personalidad marcadísima, que tarde ó temprano ha de descollar y sobreponerse en sus obras. Quizás y sin quizás cada una de las composiciones es hija de esos momentos de vacilacion que tiene todo escritor al principio de su carrera, cuando la imaginacion inquieta y vagabunda no ha acertado todavia á conocer lo que se llama con gran-

de exactitud su vocacion. La pindárica oda le seduce, le atrae la juguetona letrilla, y de la romántica leyenda no hay que decir cuanto le tira, como buen poeta andaluz. Al primero de estos géneros pertenecen hasta ahora sus más felices ensayos, no obstante abundar en *La venganza de Tuzaní* rasgos brillantes y cuadros de un color poético que encantarán á los lectores. El diálogo entre Zoraya y Maleha, con que comienza, tiene toda la vaguedad y toda la melancolía de la grave situacion en que se hallan los moriscos sitiados en Galera por las tropas de D. Juan de Austria. Las dos mujeres aman á un mismo hombre; las dos sin esperanza; las dos están devoradas por los celos y la impaciencia; pero compiten en disimulo. Aparecen escudriñando el horizonte desde pintoresca azotea, cuajada de azucenas y albahaca.

ZOR. ¿Qué miras?

MAL. El sol poniente.

ZOR. ¿Tan alto llevas tu anhelo?

MAL. ¿No ves el azul del cielo?

ZOR. Tienes su azul en la mente.

MAL. ¿Qué esperanza me ilumina?  
Sin ella, Zoraya, muero.

ZOR. ¿Qué buscas en el sendero  
que atraviesa la colina?

Y todavia, aunque menos correcto, tiene este diálogo pasage mas interesante:

MAL. Guerrero es el trovador:



## X

- manaja lanza y viola.  
 ZOR. Es verdad: su voz es sola  
 para cántigas de amor.  
 MAL. Monta á veces un corcel  
 de noble arrogancia y brio.  
 ZOR. Pasa á veces por el río  
 con sus armas el doncel.  
 MAL. Diz que á su frente bizarra  
 no hay palma ó laurel que asombre.  
 ZOR. Diz que repiten su nombre  
 los ecos de la Alpujarra.  
 MAL. Dicen que te habló de amor.  
 ZOR. Y luego de amor á tí.  
 MAL. Te engañas.  
 ZOR. ¿Es Tuzan?  
 MAL. Te equivocas.  
 ZOR. ¿Es Zahor?

La exposicion de esta leyenda es confusa y enmarañada. Creemos firmemente que el autor halló su inspiracion en las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Perez de Hita, antes de conocer el drama de Calderon sobre el mismo asunto, *Amar despues de la muerte*, cuya exposicion, sin ser un modelo de sobriedad, resulta bastante clara, al paso que la energía del desenlace pudo inspirar mejor al Sr. Gutierrez. Tiene, sin embargo, la obra de este, bellísimos trozos. El romance 2.º del capítulo II, que empieza

Así pasando los dias,  
 creciendo las sinrazones,  
 puede contarse entre lo mejor del libro. Otros

## XI

hay bastante desiguales, pero con rasgos peregrinos. La introduccion al capítulo III recuerda los mas bellos romances moriscos:

En Purchena están hablando  
 del asalto de Galera:  
 lúgubres son las noticias  
 de los moros de Purchena.

Todo este capítulo, por desmañado y confuso, merecia mayor detenimiento y correccion. La cancioncilla que empieza

Ya con el sol poniente,  
 ya con la aurora,  
 gratas son las orillas  
 del Almanzora,

que tiene estrofas muy delicadas, está mal cosida á la accion y al texto. No nos gustan por lo general tampoco los versos de arte mayor de los últimos capítulos de la leyenda. El Sr. Gutierrez los escribió indudablemente con excesiva precipitacion y despues no ha vuelto á tocarlos.

Aquel corcel que  
 parece en su camino  
 desatado huracan en su carrera,  
 aquella..... sombra que viene  
 nuevo afan en su espíritu afianza,  
 aquel.... Pisa á Galera. Y late  
 su corazon.....

aquel diálogo entre las ruinas de Galera, que ha podido ser tan dramático y tan interesante, donde hay ideas muy confusas y hasta de doble sen-



tido quizás, por vicios de construccion y metrificación, como esta:

—Y entonces...

—La sorpresa  
del infiel...

—Y el mancebo  
en la fatal empresa...

—No coje un lauro floreciente y nuevo?

y en fin aquellas *moriscas sañas* más de una vez repetidas y aquellas *hermosuras*, como sinónimos de rasgos de beldad, son plurales inadmisibles y que en escritor tan abundoso y castizo como el Sr. Gutierrez revelan falta de paciencia para corregir antes que de conocimiento, siendo menos disculpables por lo mismo. Los epígrafes de los capítulos, prosáicos y desaliñados, tambien se resienten de falta de meditacion.

De la poesía descriptiva, hoy tan abandonada por el subjetivismo dementador, cuya tendencia explica el agotamiento de la juventud que hemos lamentado, hay preciosas muestras en los *Albores*. Por regla general todo canto inspirado por recuerdos granadinos, por los lugares en que rodó su cuna, merece leerse de punta á cabo; pero *La Fuente del Avellano* abunda de bellezas en tanto grado que nosotros, separándonos de la opinion general de los amigos del poeta, la ponemos sobre la misma *Alpujarra*, bello trozo descriptivo sin duda alguna, pero más desigual é incorrecto. La circuns-

tancia de estar en seguidillas *La Fuente del Avellano* quizás contribuye á que no le den la preferencia que merece los que juzgan incapaz de expresar altos conceptos á este metro tan castizo como gallardo y popular. Si rehabilitacion necesitara, bastarian estas seguidillas del Sr. Gutierrez para aclamarla por la más flexible y elegante forma de todo pensamiento delicado:

¡Que límpida y riente  
corre en verano!  
¡Cuan hermosa es la Fuente  
del Avellano!  
¡Fuente sagrada,  
donde salud y vida  
bebe Granada'

La niña que padece  
de mal de amores,  
aliviada parece  
de sus dolores.  
Que el agua pura  
se lleva entre sus ondas  
la calentura.

Vése en la orilla un sáuce  
que, en sus congojas,  
para llegar al cáuce  
baja sus hojas  
como sediento  
del agua en que copiado  
ve el firmamento.



## XIV

Levántase una roca,  
que, indiferente,  
los murmullos provoca  
de la corriente....  
¡Cólera, en suma,  
que se deshace en copos  
de blanca espuma!

En sus bellos confines  
los trinadores  
ardientes colorines  
y ruiñeños  
cuelgan sus nidos,  
de flores y de hiervas  
entretejidos.

Lejos, en la Abadía  
del Monte-Santo  
de célica armonía  
resuena el canto,

¡Oh! ¡allí una voz sagrada  
que reza y llora!  
¡Aquí la enamorada  
guitarra mora!  
¡Y allá, en alguna  
Cruz, reflejando pálida  
la triste luna!

¡Cielo azul esplendente:  
suelo galano;  
pura escondida Fuente  
del Avellano!

## XV

¡Fuente que calma  
con la fiebre del cuerpo  
la sed del alma!

Vivid hasta que pueda  
quien no os olvida  
subir esa vereda  
pidiéndooos vida,  
ó haced de suerte  
que soñándolo al menos,  
le halle la muerte!

Precioso final y preciosa idea, que en ninguna clase de metro se explicaría mejor.

En cuanto á sentimientos y creencias, cosa hoy muy digna de notarse, pues van los tiempos exigiendo á la crítica honrada que estudie atentamente las de los autores que recomienda, nuestro poeta ha sido afortunado, que entre las cualidades de los moriscos no hereda la tendencia al filosofismo y la incredulidad, que como el gusano en la flor escóndese más ó menos en las manifestaciones literarias de la escuela andaluza. En cualquiera de estos *Albores*, y muy en particular la composicion dirigida á su paisano Don Pedro Antonio de Alarcon cuando publicó el *Niño de la Bola* se verá palpable nuestro aserto. Sabido es que aquella novela, escrita con buen propósito y acierto notable, queda á la postre deslucida y llega á ser un libro mal intencionado, por culpa de un inverosímil epílogo, que el



Sr. Alarcon le adicionó con mano verdaderamente pecadora, porque no pareciese el feliz desenlace de la trama un milagro más del niño Jesús, caso digno de silba en el Ateneo y en los periódicos. Entónces no se hubiera vendido la novela; entónces la conspiracion del silencio, tan bien organizada en la prensa de Madrid, que no parece sino que toda ella obedezca á un reglamento dictado por Mr. de Bismark, hubiera ahogado en flor las legítimas esperanzas de un hombre que, como Alarcon, no ha llegado todavía al desprecio de la popularidad, que es el estado beatífico de la vida literaria.

He aquí las viriles censuras que nuestro poeta dirige á su paisano. Si nosotros damos explicacion benévola á una debilidad indisculpable, el Sr. Gutierrez lo entiende de otro modo.

¿Dónde viste aquel niño vigoroso,  
de fiero corazon y forma ruda,  
engendro de la sierra misterioso,  
vano, informe coloso,  
que vencen los fantasmas de la duda,  
cuando aún la fé conmueve sus entrañas?  
¡No es hijo, vive Dios, de tus montañas!

Allí la sangre en rápido torrente  
circula por las venas,  
allí se adora á Dios, porque se siente  
su espíritu potente.....

Menos justo ha estado el poeta, en nuestro concepto, lanzando sobre el autor del *Escándalo*

otra acusacion estremada y que no merece; es hija quizás de noticias erróneas que corrieron cierto tiempo por los círculos literarios. ¿No es injusto decir al Sr. Alarcon, que piensa bien, aunque todavia se asuste de que le llamen neo y reaccionario,

....tu mano vacilaba  
al trazar la bucólica figura  
del buen pastor de almas,

por más que esta estrofa, bastante desigual, acabe con los bellísimos versos:

Dios es Dios, y no toma  
acá y allá contradictorio nombre;  
muere en la Cruz, desciende en la paloma  
sobre el Jordan, y baja sobre Roma  
dócil al verbo celestial de un hombre...?

No ciertamente. No vacilaba la mano de Alarcon al trazar la figura del cura Muley, como obedeciendo al menguado propósito de que resultase ménos bella y completa que la del jesuita de *El Escándalo*! Justamente el carácter del sacerdote andaluz, más sostenido y vigoroso que el del *Niño de la Bola* y mucho más humano y bello, se destaca sobre todos los de la novela, y quizás sobre todas las creaciones del mismo autor. Lo que hay es que la aparicion de la primera de esas dos novelas produjo, en un círculo de los mal llamados literarios de esta córte, cierta disputa con pretensiones de filosófica y realidades de impía, cuyo resultado fué un drama en que se intenta



## XVIII

probar que la santidad y la locura vienen á ser una misma cosa, y que toda moral, ó dicho más claro en el lenguaje de los disputadores, toda idea estremada y absorbente produce los mismos efectos psicológicos que la moral cristiana, grandeza y elevacion sobrenaturales. Quizás estas especies en que no fué parte el Sr. Alarcon, lo han sido en la injusticia de que le acuse nuestro poeta de buscar en *cualquiera religion* la belleza moral, y aún llegue á presumir que pospone al catolicismo.

¿No sientes ya su inspiracion sagrada?  
 ¿Ya no eres tú, poeta,  
 el que cantó la fé de mi Granada?  
 ¿Ya el sublime salterio del profeta  
 no resuena en tu lira destemplada?

Al mismo género pertenecen las bellas coplas manriqueñas, que llevan por título *Las letras españolas*, título en verdad impropio y más prosáico que la composicion. A nosotros nos recuerda con agradecimiento la invocacion que dirigimos *A los poetas*, allá por la primavera de 1873, en medio de los horrores revolucionarios. Gutierrez lamenta la caida del Renacimiento cristiano, que produjo en la literatura tan bellas obras, y pinta algunas veces de mano maestra, grabándole en el rostro estigmas de Juvenal, el renacimiento pagano, que hoy se llama en el arte naturalismo y realismo.

## XIX

Huyan sátiros lascivos  
 que en los bosques habitaban  
 como fieras;  
 más no salgan vengativos  
 trasgos que en paz descansaban,  
 ó panteras.

La madre naturaleza  
 luzca sin vano atavío  
 sus primores,  
 y al Autor de su grandeza  
 diga fiel en canto pio  
 sus amores.

Mas no yerren por el viento  
 de místicos seres filas  
 siempre inquietas  
 ni en el Gólgota sangriento  
 al par reinen las sibilas  
 y Profetas.

Hoy sin dioses y sin magos  
 ván las musas españolas  
 de tal modo,  
 que en las fuentes y los lagos  
 solo ven tras de las olas  
 tierra y lodo.

Hoy la escena sin misterio  
 muestra el crimen repugnante  
 victorioso,  
 y va erguido el adulterio  
 exhibiendo su semblante  
 pavoroso.

Perdió sus gracias Talía,  
 y necia, procaz, no aguda  
 se presenta.



ébria, loca de alegría,  
que su belleza desnuda  
libre ostenta.

Si hay virtud, es idiota,  
no la cristiana locura  
que vá al cielo,  
como nube azul que flota  
desde la sublime altura  
sobre el suelo.

. . . . .  
. . . . .

¿Porqué sublimes grandezas  
ofender con el acento  
de la furia?

¿Porqué ceñir de bellezas  
de algun fraile turbulento  
la lujuria?

Vates, en cuyas medrosas  
manos tiembla el arpa santa  
¿qué buskais?

¿á qué nubes procelosas  
vuestro númen se levanta?  
¿qué dudais?

Entre el pasado y futuro  
vacilais como la estrella  
matutina,  
y errais por un valle oscuro  
sin que os muestre alguna huella  
la colina.

Esta composicion, como hemos visto, es una de las que más claramente ostentan las peregrinas dotes del autor, fuera de algunos epítetos impropios, de algunas frases rebuscadas, que acu-

san más impremeditacion que pobreza poética.

No nos cansaremos de decírselo al Sr. Gutierrez, jóven que merece consejos porque es capaz de seguirlos. La impaciencia por concluir, por ver el resultado de su obra, que aqueja á los escritores de esta generacion, tambien aqueja, en nuestro concepto, al poeta granadino, y le impide lucir más su inspiracion. Hacer mucho no es solo mania de este tiempo, sino necesidad, y necesidad desgraciada ciertamente, que agosta en flor á la juventud más robusta. Evítela el Sr. Gutierrez, que por su bien se lo aconsejamos; aspire ántes á la reputacion de un Gallego, que con media docena de composiciones se elevó á las cumbres de la fama, que no á la de un Salas ó á la de un Torres Villaroel, cuyos innumerables libros hoy están olvidados. La posteridad no pregunta si tardó un autor en su obra meses ó años.

Condiciones tiene para ser atildado y puro, que defrauda por esta precipitacion de dar por concluido lo que en puridad no lo está. Para preceptista las tiene tambien, y muy felices, que actualmente se están revelando en el folletin sobre los escritores de Retórica que escribe en un periódico de esta córte.

Cuando un concepto poético está mal expresado, todas sus bellezas palidecen y aun se eclipsan por completo. Hay que volver sobre él, cueste lo que cueste y dure lo que dure, hasta



## XXII

que la felicidad de la frase responda á la felicidad del pensamiento. Así no adolecerán de desigualdad lamentable composiciones que tienen estrofas como estas:

La paz de los hogares  
llena mi corazon con su embeleso.....  
¡Ay mis perdidos lares!  
vuestro caliente beso  
guardo en el alma con amor impreso.

*Viejo* tronco flamea:  
dá en los cristales con sonoro choque  
la lluvia que gotea,  
y retumba en la aldea  
de las benditas ánimas el toque.

Y sus férvidas preces  
la familia cristiana eleva al cielo,  
mirar pensando á veces  
la sombra del abuelo  
en el rincon donde acabó su duelo.

Con ser, como son, bellísimas estas estrofas por el pensamiento y por la ejecucion, resulta algo violenta la transicion de la primera á la segunda, y el leño del hogar está impropiaamente calificado, que los troncos no son viejos ni jóvenes, sino secos ó verdes.—Medio minuto que el Sr. Gutierrez se hubiera detenido en su correccion, bastárale para dejar completo este episodio de la *Introduccion á las leyendas granadinas*. Más tiempo y más dura lima hubiera requerido la segunda estrofa que dice:

## XXIII

Y mis trovas no importe  
que al seno lleve de tranquila aldea  
el aura de la corte,  
y bendecido sea  
si un instante los ánimos recrea.

Aun así ya lo hemos dicho y lo repetimos en conclusion; el Sr. Gutierrez es una esperanza para la decadente poesía española.

Madrid—Diciembre de 1880

*Vicente Barrantes.*



## EL POETA.

### I.

Los pájaros trinadores  
alegran la soledad:  
tambien en la sociedad  
hay selvas y ruiseñores.

Cuando en el mar se refleja  
del Sol la naciente llama,  
trina el jilguero en su rama  
y el trovador á la reja.

¿Veis la blanquísima nube  
que asciende al trono del día?  
de un vate es la fantasía  
que en forma de niebla sube.

En vaporoso elemento  
flota audaz ánima inquieta:  
el pájaro y el poeta  
tienen su nido en el viento.

¡Cómo pasan á sus ojos,  
cual fantásticas visiones,  
los pueblos con sus pasiones,  
los campos con sus abrojos!

Estos con sus precipicios,  
sus desiertos ó sus flores;  
aquellos con sus amores,  
sus intrigas ó sus vicios.



Pájaro altivo, el poeta  
desde inaccesible cumbre  
vé correr la muchedumbre  
tras sus ídolos inquieta.

Aquí el honor y el decoro  
veneran con fé sencilla:  
allí doblan la rodilla  
ante el Becerro de Oro.

Un pueblo padece el yugo  
de la tiránica ley;  
otro derriba su rey  
y levanta su verdugo.

Como hace vibrar el trueno  
las etéreas soledades,  
tambien rugen tempestades  
de los pueblos en el seno.

De esa doble tempestad  
brotan en choque violento  
el rayo en el firmamento,  
la sangre en la sociedad.

Y mientras el torbellino  
el mundo cubre de espanto,  
modula el vate su canto  
y exhala el ave su trino.

## II.

Henchido de inspiracion  
canta en la noche y el día,  
que es génio de la armonia  
y cantar es su mision.

Cuando su cántico zumba  
en los sepulcros desiertos,

se alzan del polvo los muertos  
cual Lázaro de su tumba.

Retroceden las edades  
á sus mágicos acentos,  
y surgen de sus cimientos  
las derruidas ciudades.

Náyades y aun querubines,  
responden á sus conjuros:  
Troya levanta sus muros,  
Babilonia sus jardines.

Ostentan sobre ruinas  
sus bellezas soberanas  
las Basílicas romanas,  
las Alhambras granadinas.

En lid, de su trompa al son,  
entran César y Cortés,  
y el gran soldado francés,  
y el coloso macedon.

Que al resplandor de la gloria  
que difunde el génio santo  
se destierran, por encanto,  
las tinieblas de la historia.

Y hasta de la edad pasada  
salvando el límite oscuro,  
se hunde el vate en el impuro  
negro abismo de la nada.

Y gritando: «disipaos»  
á las sombras del abismo,  
medir osa por sí mismo  
la inmensa extension del caos.

La voz se oye del Creador  
y, cual chispas de topacio,  
embellecen el espacio  
soles mil de otro en redor.



En flores y aguas fecundo,  
y aunque pálido, incoloro,  
envuelto en los rayos de oro  
que arroja el Sol, brota un mundo.

¿De quién és ese planeta  
que *tierra* lleva por nombre?

—Es el palacio del hombre,  
el alcázar del poeta.

### III.

Espléndidas son sus galas,  
ancho su espacio y brillante;  
mas el poeta es gigante  
y son inmensas sus alas.

Mirad cuál su fantasía,  
de la luz sobre las huellas,  
cuenta y pasa las estrellas,  
robando esplendor al día.

Ante el sólio del Eterno  
póstrase el vate sumiso:  
Milton sube al paraiso  
y Dante baja al infierno.

Fuerza á Marte, aliento á Eolo  
prestan Homero y Virgilio,  
y del génio con auxilio  
el suyo infunden á Apolo.

Su poder el mundo aprecia,  
y cuerpo por ellos toma  
el gran panteon de Roma,  
el sacro Olimpo de Grecia.

De su gloria huyó la luz  
ante las luces cristianas,

de las deidades paganas  
roto el cetro ante la Cruz.

Mas aun laurel y corona  
el mundo á los dioses brinda,  
aunque ante el Gólgota rinda  
sus tributos Helicon.

Con la santa inspiracion  
de la fé que en ellos brilla,  
sube á la Alhambra Zorrilla  
y llega el Tasso á Sion.

Y aplauden su voz sagrada  
desde tiendas y alhamíes,  
al par guerreros y hurfes,  
Jerusalén y Granada.

Víctor Hugo, el socialismo  
trae de este siglo al proscenio;  
Chateaubriand muestra su génio,  
cantando el del Cristianismo.

Cervantes al mundo lanza  
de libros mil para azote,  
al sublime Don Quijote,  
al cómico Sancho Panza.

Del vate á la voz responde  
cuanto vé su mente inquieta.  
¿Á dónde llega el poeta?  
tan solo Dios sabe donde.

Oh! Á la misma inmensidad  
quiere su brazo extender,  
desde el mañana al ayer,  
del caos á la eternidad.

Y de su ideal en pos  
y tras de inmortal renombre,  
canta en la lengua del hombre  
con la inspiracion de Dios.



## EL OTOÑO.

Desnudas ya las eras,  
en silos duerme el grano,  
y secas las praderas  
al soplo del verano,  
las tierras yacen áridas  
sin galas ni verdor.

Ya el último retoño  
del árbol reverdece,  
brillando el sol de otoño  
que asoma, palidece,  
y oculta melancólico  
su frente sin calor.

Su velo tiende umbrio  
fantástica neblina:  
ya deja el hondo río,  
ya trepa la colina,  
ya en el espacio lóbrego  
despliega su crespon.

Velando el horizonte,  
la lluvia que desata,  
al valle desde el monte

## EL OTOÑO.

7

en hilos cae de plata  
que son al pobre rústico  
celeste bendicion.

Enjuto en el estío  
de arena lecho ardiente,  
ya en el otoño frío  
produce la corriente,  
que crece y crece rápida,  
con fiera majestad.

Olas ayer severas  
rompiendo entre las brumas,  
del mar en las arenas  
se quiebran en espumas,  
al brillo de un relámpago  
que anuncia tempestad.

Mas roto el velo pardo  
y azul el firmamento,  
el buey camina tardo  
con el arado lento,  
y en pos camina el mísero  
y alegre labrador.

Y al surco mientras echa  
semilla bendecida,  
vé la feraz cosecha  
que á disfrutar convida,  
entre alborozo báquico  
los goces del amor.

¡Qué frutos tan opimos!  
¡Que risas y cantares!  
los diáfanos racimos  
llenando los lagares



alivia penas íntimas  
su néctar celestial.

Y en tanto, sus moradas,  
á nuestro hogar vecinas,  
dejando las bandadas  
de azules golondrinas,  
cantando van al África  
su fé, su amor leal.

Ya de las ramas flojas  
del árbol se suspenden  
amarillentas hojas:  
marchitas se desprenden,  
y por el aire en círculos  
serpenteando están.

Y en giros siempre vagos,  
de eternos remolinos  
hácia las fuentes, lagos,  
veredas y caminos,  
van, como sombras lívidas  
de sueños que se van.

Las ánimas cristianas  
al son de los conciertos  
que forman las campanas  
doblando por los muertos,  
sus olvidados tímulos  
acuden á poblar.

Y sin nublár sus frentes  
memorias ni patrañas,  
los niños, sonrientes,  
persiguen las castañas,  
que saltan con estrépito  
del encendido hogar.

Y, en torno de la lumbre,  
la veneranda abuela,  
que, con la muchedumbre  
de alegres nietos, vela,  
leyendas narra místicas  
con lágrimas de amor;  
contándoles la historia  
de seres adorados,  
que al seno de la gloria  
vuelan purificados  
las expiatorias cárceles  
dejando sin dolor.

Mientras chisporrotea  
en el hogar la rama,  
se enciende y azulea,  
y, á la apacible llama,  
el cuerpo, y no el espíritu,  
yace en silencio y paz:  
con maternal cariño  
la triste anciana reza,  
sobre su falda el niño  
doblando la cabeza,  
tintas y luz fantásticas  
pasando por su faz:

Y por su fantasía  
leves pasan, inciertos,  
las yerbas de la umbría,  
las sombras de los muertos,



y, entre ligeras ráfagas  
de brisas sin rumor,  
chispas del fuego rojas,  
humo de los hogares,  
amarillentas hojas,  
brindis, risas y cantares,  
lirios marchitos, pámpanos,  
y rosas sin olor!....

Á D. PEDRO A. ALARCON

EN SUS DIAS—29 DE JUNIO DE 1878.—

Allá, por los floridos tomillares  
que bordan la colina, que sujeta  
la espuma de los mares,  
no sé que brisa, revolando inquieta,  
llevó tu nombre célebre, oh poeta,  
al último rincón de mis hogares.

Allí lo repetía  
mi madre cuando llena  
de ilusiones patrióticas, veía,  
tras el piélago azul, la seca arena  
del África bravia.....  
¡Cuántas veces, del Atlas la cadena  
salvó mi temeraria fantasía!  
Y te vió..... en la campaña,  
la pluma y el acero  
manejando á la par, vate de España  
y de España guerrero,  
tu palabra inmortal como tu hazaña.

Del África llevando á las arenas  
la fé ardiente, la enérgica bravura  
que arranca de Granada á las almenas



las huestes agarenas  
hundidas del desierto en la amargura,  
sellaste con la sangre de tus venas,  
(del poeta soldado timbres fieles)  
nuevo Ercilla, tus épicos laureles.

De tu rico pincel en los colores  
el líbico pensil dejó primores  
el sol equinoccial rayos ardientes,...  
y al morir los valientes,  
en sus padres soñando y en la gloria,  
se confundieron en su adiós eterno,  
—y en su última victoria,—  
la fiel memoria del hogar paterno  
y del noble poeta la memoria!....

Y el cantor de esa guerra  
que la fè de diez siglos reverdece,  
ya en la española tierra  
con nueva inspiracion se agranda y crece.  
Que al retornar á la nativa playa,  
claro adalid y trovador romántico,  
con doble aliento su laud ensaya  
bello y sonoro cántico  
que oyó el Genil y repitió el Atlántico.

Tú cantaste del mar la soberana  
grandeza, con la lira de Quintana;  
tú con épica trompa,  
—que sonó como cítara cristiana  
del árabe jardín entre la pompa,—  
al moro rey seguías  
del Padul por la loma—dó en sus giros  
aun lleva el viento lúgubres suspiros,—  
por las cuevas bravias,  
por las frescas umbrias  
de mi Alpujarra,—dulce en tus cantares,—

y á través de los mares  
por dó Boabdil, sin púrpura y sin honra,  
huyó á los mauritanos aduares  
su vergüenza á ocultar y su deshonra.

¿Quién, lejos del hogar, calma su pena  
si nuevo hogar no labra con sus manos?  
Cuando la Noche-Buena  
de sus misterios llena  
los lares accitanos,  
¡qué donosa poesía,  
qué arranques de feliz melancolía!  
Mira el poeta en soledad oscura,  
allá lejos, muy lejos,  
de vaga luz que trémula fulgura  
los pálidos reflejos;  
y el tiempo vuela, y en creciente llama  
aquella luz, que oscila,  
corre y corre y acércase, y derrama  
más vivo resplandor, y al fin tranquila,  
suave y amorosa,  
sobre el tronco se posa  
que hirió del leñador el golpe duro  
para alumbrar de Enero las veladas,  
¡y del poeta en el hogar futuro  
aparece entre rojas llamaradas!....

¿Quién, en el incruento,  
agitado palenque de la idea,  
dó sus rayos fulmina el pensamiento,  
sabe el afán, las ansias, el tormento  
del que, en su loca aspiracion, pelea,  
y, con latir violento  
se lanza presuroso  
en pos de un ideal, y enamorado  
quizás de un sueño azul y luminoso,



próximo siempre y nunca realizado?

¡Cuántas almas en flor sobre la arena  
por el simún heridas! ¡Cuánta sávia  
el espíritu vierte!.... Ya la pena  
de crudo desengaño; ya la rabia  
contra falsa amistad que nos vendia,  
ya la esperanza, plácida y riente,  
cuál lisongero albor de hermoso día;  
ya la muerte sombría  
golpeándonos la frente  
de dó caen ilusiones á pedazos,  
¡y abriéndonos la tierra, dulcemente,  
sus maternales brazos!

Tu espíritu se temple y agiganta  
en tan áureo crisol. Mas ah! quien vuela  
dó ya tu númen ráudo se levanta?  
¡Sátira colosal es tu Novela!  
Á tu siglo el azote  
de ese libro sin par ha flagelado,  
y aunque la sangre brote  
del cuerpo torturado,  
yo bendigo tu látigo acerado.

Sus chasquidos violentos  
Son salud... ¿Qué? Tan horribles maldades  
¿de Juvenal no piden los acentos?  
¿Se han de ocultar medrosas las verdades?

El que sembró los vientos  
¡no tiemble si cosecha tempestades!  
¡Débil generacion! Arde en sus venas  
sangre de cultos vándalos,  
oprime la virtud entre cadenas,  
y simula rubor y finge penas  
al rumor que levantan sus escándalos.....  
—¡Qué belleza! ¡Qué célica figura

la de aquella mujer enamorada,  
que, guardando en el pecho su ternura  
como en huerta cerrada,  
va á esconder su pasión y su hermosura  
del claustro en la morada!  
¡Qué pureza á sus ojos de paloma,  
y que melancolía  
á sus megillas pálidas asoma!  
¡Con qué santa energía  
de un amor casto los impulsos doma!  
El sábio que las huellas  
persigue de la culpa; el solitario  
que busca en las estrellas  
las sendas del divino santuario;  
cuántas virtudes, falsas ó sinceras,  
en el libro vertió la fantasía,  
se destacan, gallardas ó severas,  
en un fondo de luz y de poesía;  
bañadas en las tintas y colores  
de paleta riquísima y galana;  
á los claros fulgores  
de la moral cristiana;  
siempre vivas de gracia y lozanía  
que vivirán acaso  
más que el poeta..... Oh! sí: perenne día  
es su gloria; su sol, sol sin ocaso!

Y tu vida también, si Dios escucha  
preces que al labio salen y á los ojos,  
se extenderá feliz.....

—Yo, en sorda lucha,  
quiero flores hollar y piso abrojos;  
sin fé en lo porvenir, voy despeñado  
de uno en otro dolor, sin más consuelo  
que mirar con afán desesperado

al pedazo de cielo  
que descubre su azul entre el nublado;  
pero no olvido el nombre ni la gloria  
del que alargó su mano al peregrino  
aliviando su sed... De mi memoria  
se borrarán del áspero camino  
los varios accidentes; pero nunca  
el momento feliz en que te viera...  
¡jamás, jamás se trunca  
en pecho hidalgo, gratitud sincera!

Pidiéndole tu dicha, al cielo pido  
por mi *amor*, dos afectos enlazando.  
—Allá junto á la playa en un ejido  
hay un lugar; allí, siempre aguardando,  
existe una Mujer; allí, la hoguera  
de mi hogar atizando,  
hay una Madre fiel que al Hijo espera.....  
¡y está esa Madre por los dos velando!...

## LAS RUINAS DE TIRO.

### I.

Oí una voz solemne, oí un suspiro  
que aun me turba y espanta:

—Como Ezequiel cantaba sobre Tiro,  
toma la lira y canta.

Miré y ví derramándose la copa  
de las iras del cielo  
sobre la frente lívida de Europa,  
y así canté su duelo:

### II.

¿Á dónde vás? Á dónde por camino  
de escollos erizado?

¡Ay si te envuelve en hondo remolino  
el piélago irritado!

No digas en tus bélicos cantares,  
«yo soy grande y hermosa,»  
isla que en medio de los anchos mares  
te elevas poderosa!

Nave soberbia, de Senir las hayas



formáronle su tilla,  
y con cedro del Líbano, las playas  
hiere su aguda quilla.

Lino de Egipto, su lujosa vela,  
su pabellon de grana,  
sus bancos de marfil, sin remos vuela,  
con su esplendor ufana.

Desplegando del humo blanquecino  
la cabellera al viento,  
entre las olas ábrese camino,  
con empuje violento.

Porque mónstruo feroz, encadenado  
en cárcel misteriosa,  
agita con aliento fatigado  
la mole que lo acosa.

Y así llega á los términos remotos,  
de la mar al arrullo...  
¡Nunca en Sidon alzáronse pilotos  
tan fieros en su orgullo!

Los trigos de Pannag, las dulces mieles  
de Minith y Judea,  
vinos que enciende el sol, cálidas pieles  
Que el aquilon orea.

Telas y gomas el moderno tirio  
Por perlas y oro trueca,  
Y le rinden tributo el persa, el sirio,  
La Pagoda y la Meca.

Riquezas busca con febril insania  
Y asuela el mundo entero.  
Es avaro y traidor. ¡Cuál odia Hispania  
Su pendon extranjero!

Y arrastrándose al pié de los altares,  
De Brahma abandonado,  
¡cuál maldice al pirata de los mares

el indio envenenado!

Desde un alto peñon, domina solo  
el mundo... ¡Omnipotente,  
el tirio llena el ecuador, el polo,  
oriente y occidente!...

### III.

¡Mas hay de él!... Su soberbia y poderio,  
su bárbara codicia,  
provocan yá, con fiero desafío,  
del cielo la justicia.

Si á Dios no invoca con fervor cristiano,  
desnuda la cabeza,  
como piedra que traga el oceano  
se hundirá su grandeza.

Á sus costas vendrán naves estrañas,  
asolarán sus puertos,  
y las gentes huirán por las montañas  
á los antros desiertos.

Los guerreros, los sábios, los pastores  
de miserables greyes  
gemirán de tiranos vengadores  
bajo las férreas leyes.

Cenizas yertas, sombras taciturnas,  
los palacios caidos,  
en ellos lanzarán aves nocturnas  
sus fúnebres graznidos.

Ay! Barbária cruel, Tiro moderna;  
ya te amaga, ya asoma...  
El faro busca de la luz eterna:  
vuelve: te espera Roma!

No endereces la proa al arrecife  
dó ruge el mar bravío...  
¿Quién yá te salvará?... Veloz tu esquite  
se estrella en el bajío!

De la grandeza, que á los cielos toca,  
queda apenas la bruma...  
¿Qué son Tiro y Sidon?... Estéril roca,  
cubierta yá de espuma!

## LA ABEJA.

Se acerca un niño goloso  
á un panal de rica miel  
y al contemplar, envidioso,  
posada una abeja en él  
matarla quiere furioso.

Mas de su mala intencion  
hubo luego 'de quejarse,  
pues al consumir su accion  
sintió en su dedo clavarle  
la punta del aguijon.

Ayes de dolor exhala,  
y al querellarse no advierte  
que su ingratitud propala:  
ella su miel le regala  
y él, en pago, le dá muerte.



## LA CUEVA DEL AGUA.

Sueños de azul y rosa  
la mente frágua  
al ver la misteriosa  
Cueva del Agua.

Más de una vez, á solas  
con mis pesares,  
la busqué entre las olas  
de azules mares.

Remando en mi barquilla,  
ví en alta roca  
asomar, de la orilla,  
profunda boca...

¡Mónstruo que oculto duerme,  
como en acecho  
del marino que inerme  
le abre su pecho?

¿Mas quién del antro oscuro  
corre sin tino  
si es cual feliz seguro  
para el marino?

Cae la tarde galana  
del cielo raso,  
en ópalo y en grana

tinto el ocaso.

El sol que se desmaya  
lejos, muy lejos,  
matices dá á la playa  
de sus reflejos.

Su luz baña los riscos  
donde se aduna  
de inmóviles mariscos  
sepulcro y cuna.

Flotando en sus espaldas  
verde ramaje,  
se cubre de esmeraldas  
el oleaje.

De alto peñon, su nido,  
salen palomas  
surcando el aire, henchido  
de acres aromas.

Y sus blandos arrullos  
mezclan á veces  
con los vagos murmullos  
de olas y peces.

Peces azules, rojos,  
cuyas escamas  
son vívidos manojos  
de errantes llamas.

Fingiendo de un esquife  
la vela rota,  
yace en el arrecife  
la gaviota.

Ó entre pálida bruma,  
confusamente,  
asemeja la espuma  
de la rompiente.

¡Qué cantos y rumores

el viento lleva!  
 ¡Qué tintas y colores  
 junto á la Cueva!  
 Dejando el mar sombrío,  
 el pié ya toca  
 el borde oscuro, frío  
 de abierta roca.

Paz inunda su espacio,  
 silencio, calma...  
 ¡subterráneo palacio  
 que puebla el alma!...

Agua que lenta cae,  
 gota tras gota,  
 de hadas y ninfas trae,  
 mágica nota.

La perla que resbala  
 desde la altura;  
 el aroma que exhala  
 la piedra dura;

Las sombras transparentes,  
 crepusculares,  
 de las peñas salientes  
 sobre los mares;

Los ecos repetidos  
 de ondas serenas,  
 tal vez dulces gemidos  
 de las sirenas;

Todo de azul y rosa  
 mil sueños fragua  
 allí, en la misteriosa  
 Cueva del Agua.

Ella, gentil ondina  
 de aquellos mares,  
 es la cara vecina

de mis hogares.

Hay en su fresco ambiente  
 cierta fragancia  
 que en atmósfera oliente  
 bañó mi infancia.

Vénse doquier paisajes  
 cuya poesía  
 contempla, sin celajes,  
 mi fantasía.

Aquí la áspera loma  
 donde blanquea  
 vieja pared, que asoma,  
 de hogar que humea.

Allí, cual de un momento  
 vision soñada,  
 por el vapor y el viento  
 nave empujada...

Acá la pingüe viña  
 de áureos racimos  
 que ya en agosto apiña  
 frutos opímos.

Allá, en línea que ondula,  
 nube liviana  
 que á lo lejos simula  
 sierra africana.

Y aquí y allí cantares  
 que en vago anhelo  
 el génio de los mares  
 remonta al cielo.

Gruta mal escondida,  
 vaso de flores,  
 de mis penas guarida,  
 lecho de amores!



Cuando quede en la playa  
mi lira rota,  
¡ojalá que á tí vaya  
su última nota!...

---

---

## CANTARES.

---

DEDICADOS Á MI HERMANA P. G.

---

I

Entre los dos, alma mia,  
se han levantado los montes:  
lejos están nuestros nidos,  
cerca nuestros corazones.

---

Yo vine con mis cantares  
como pájaro viajero,  
pero dejé en esas playas  
de mis cantares los ecos.

---

Quiero cantar la fortuna,  
la grandeza, las hazañas,  
pero enmudece la lira  
cuando no invoco á la patria.

---

Nací orillita del mar  
en donde naciste tú:  
entre el verde de las olas  
y del cielo entre el azul.

---

Cubren almendros floridos  
la colina de mi aldea:  
como flores del almendro  
pasó mi infancia risueña.

En una aurora de mayo  
formé mi primera copla  
con los besos de mi madre  
y los trinos de una alondra

Yo iba solo por la tarde  
á ver el mar á lo lejos,  
para soñar en la noche  
otros mares y otros cielos.

No me subia á los árboles  
á coger los pajarillos:  
buscaba trás los peñascos  
no sé que mundo escondido.

Pasé una loma y un monte,  
dejé mi nido y la mar,  
y llegué á un puerto... do siempre  
soplando está el huracan.

No sé que tiene este mundo  
con el tuyo comparado:  
no hay rostro como tu rostro  
ni campos como ese campo.

Tristes suenan los pianos,  
tristes suenan las guitarras;  
¡pero qué bien sonarian  
á la puerta de mi casa!

Algunas veces yo creo  
que es un milagro vivir,  
pues el alma vá á tu lado  
y queda mi cuerpo aquí.

«¿Qué buscas tras las montañas?»  
á un pájaro pregunté;  
y me contestó, volando:  
*«lo que tu buscas tambien.»*

Me dormí en honda bonanza  
junto á las olas del mar,  
y me despertó un aviso;  
¡la voz de la tempestad!

Barquilla fuí pescadora  
que echó sus redes sin tino:  
solo vanas esperanzas  
en mis copos he cogido.

Yo soy el barco sin norte  
que audáz se aventura al golfo;  
el puerto deja á la popa  
y halla á proa los escollos.

Cuando sientas en la playa  
bramidos del huracan,  
recuerda que voy surcando  
las soledades del mar.

Si oyes que gimen las áuras  
y que suspiran las aves,  
es que te piden consuelo  
y te llevan mis pesares.



Si ves hundirse en las olas  
la barca que naufragó,  
por la nave de mi vida  
pide con afán á Dios.

## II.

Con el llanto de mis ojos  
no sé lo que lloro más,  
si la ausencia de los años  
ó la ausencia del hogar.

Guarda ilusiones, querida;  
no las siembres á tu paso:  
que yo he sembrado ilusiones  
y han nacido desengaños.

Cuando arranques una rosa,  
cógela por las espigas,  
y apreciarás al tocarlas  
las dulzuras de la vida.

No te consideres sola,  
aunque en soledad te halles;  
que siempre hay Uno que mira  
cuando no nos mira nadie.

Por las sendas de la vida  
no te des prisa á correr,  
que camino mal andado  
ya no se corre otra vez.

Hoy eres adolescente,  
y joven serás mañana:  
cuando llegues á mujer  
entenderás mis palabras.

Tus sueños conserva puros  
en el corazón ardiente,  
como la fruta de Agosto  
para el rigor de Diciembre.

Y adios...que el llanto me ahoga...  
adios, que no puedo más...  
adios, y de mí te acuerda  
siempre que mires al mar.

## EN EL ÁLBUM DE N. SALUD.

—Ninfa del Dauro, flor del Genil,  
si versos quieres, versos te haré:  
eres hermosa, pura y gentil;  
dotes tan bellas celebraré.

Perlas á Oriente, rosas á Abril,  
para brindártelas, yo pediré...

—Basten tus versos.

—¡Don hartos vill!

—No eres poeta?

—Yo no lo sé.

—Brotan cantares de tu garganta,  
que ecos parecen de algun laud.

—Como las aves mi labio canta,  
ellas al alba, yo á tu virtud.

Mas no es el númen que se levanta  
enardeciendo mi juventud:  
es un recuerdo del arpa santa  
que de Dios loa la escelsitud.

Es que, á la sombra de los altares,  
de los profetas la inspiracion  
sentí en las notas de los cantares,  
que fiel adora mi corazon.

Cantos que elevo sobre los mares

y calla, oyéndolos, el aquilon;  
salmos que evocan en mis hogares  
la sombra acaso de Salomon!

—Pláceme el fuego de esa poesía  
que se derrama del Sinaí,  
del ronco trueno con la armonía  
que al pueblo dice: Dios está aquí!

—Pues si te place *musa judía*...

—Musa cristiana, no hebrea, dí.

—Perdona y oye la melodía,  
que del salterio brotar oí.

«Grandes del Líbano serán los cedros,  
bellas las rosas de Jericó,  
fuertes las palmas de la Idumea,  
puros los lirios de Zabulon.

Más puro y grande, más bello y fuerte,  
quien ama y cumple la ley de Dios;  
que vive y crece como los árboles,  
junto á las aguas y frente al sol.

Del mundo lejos, feliz despliega  
su poderosa vegetacion,  
bajo los rayos caniculares  
y del invierno bajo el rigor.

Saltan las brisas entre sus ramas,  
nido es su copa del ruiseñor,  
su tronco asiento del caminante  
y del mendigo tal vez mansion.

Vive y declina, porque la muerte,  
ley es del justo y el pecador,  
mas su semilla, fructificando,  
brota en eterna resurreccion.

Mata salvaje, pobre, rastrera,  
surge del hueco de algun peñon,  
como el impío, crece pomposa,



y agostada por el calor.

Si se levanta verde y lozana  
soplan los vientos sin compasion,  
ó cruge el rayo, surgiendo el trueno,  
y sus raíces ceniza son.

Mientras los justos viven en calma,  
bellos cual rosas de Jericó,  
fuertes cual palmas de la Idumea,  
puros cual lirios de Zabulon.»

—Escrita la poesía sobre el papel te dejo  
robada á los tesoros de Bíblica cancion.

—Agradecida escucho tu voz y tu consejo  
que el alma purifica cual agua del Cedron.

—Pues veo sobre tus sienes el vívido reflejo  
de aquellos que en la senda de la virtud están,  
sus almas contemplándose de Dios en el espejo,  
conserva esa aureola con religioso afán.

La luz que se derrama en tus rasgados ojos,  
la gracia que rebosa de tu morena faz,  
la púrpura que brilla sobre tus lábios rojos,  
yo admiro, mas no aplaudo belleza tan falaz.

Si es rosa tu hermosura, la cercarán abrojos,  
si estrella, será leve su resplandor fugaz,  
que todo de la muerte se envuelve en los despojos  
mas la virtud, si muere, renace más feraz.

Tus padres aun existen, aunque su muerte llores  
que tú eres la semilla que deja su virtud,  
mientras florecen ellos, inmarcesibles flores,  
en tí vertiendo aromas de perennal *salud*.

Gacela de ojos negros, que estás en los albores  
del día esplendoroso que llaman juventud,  
conserva en tus recuerdos más dulces y mejores  
las notas religiosas, que exhala mi laud!

## LAS BODAS DEL MUERTO.

### I.

Floridos valles  
alpujarreños,  
que el sol alumbra  
meridional,  
fueron la cuna  
de los ensueños  
de un alma virgen  
angelical.

Esos dorados  
sueños de amores,  
que nos produce  
vaga inquietud,  
lograron siempre  
con gayas flores  
orlar de *Nieves*  
la juventud.

Nieves es bella  
como el lucero  
que dá á la noche  
primer fulgor:

la flor hermosa  
del limonero  
le dió pureza,  
blancura, olor.

Junto á una iglesia  
donde *María*  
la Virgen-Madre,  
tiene su altar,  
creció la hermosa,  
cándida y pía  
entre paredes  
de humilde hogar.

Creció á su lado  
pobre mancebo;  
de las montañas  
agricultor;  
de honrados padres  
gentil renuevo;  
alma templada  
para el amor.

Huérfanos ambos;  
los dos sencillos  
como palomas;  
juntos los dos,  
cogiendo flores  
de los tomillos,  
narrando cuentos,  
amando á Dios.

Pedro, gallardo;  
Nieves, hermosa;

ella, muy niña;  
muy joven él;  
¿cómo no amarse  
clavel y rosa,  
sí crecen juntos  
rosa y clavel?

Bajo el amparo  
de anciano tío;  
de un mismo techo  
bajo el calor;  
cual dos arroyos  
que van á un río;  
¿qué vano obstáculo  
tendrá su amor?

Antes que el soplo  
de las pasiones  
turbe sus frentes  
llenas de luz,  
van á lograrse  
sus ilusiones  
al pié del Mártir,  
que está en la Cruz.

Enamorados,  
y sin pesares  
sus esperanzas  
todas en flor,  
van á la sombra  
de los altares,  
su amor tan grande  
cual su candor.



¿Quién no bendice  
su fé Cristiana?  
ébria de gozo  
la gente vá;  
repique alegre  
dá la campana;  
primos y amantes  
se casan ya.

.....  
Ella, más pura  
que la alborada  
que en el Oriente  
luce su albor;  
de muchas flores  
engalanada,  
y en las megillas  
dulce rubor:

.....  
Ella lo aguarda  
bajo aquel techo  
junto á los muros  
de aquel altar,  
dó enamorado  
latió su pecho  
y el tierno lábio  
supo rezar.

.....  
Allí lo espera;  
la muchedumbre  
se agita en torno,  
la sigue fiel.....  
Ya el sol esparce  
toda su lumbré:

todos preguntan:  
—¿dónde está él?...

.....  
Las alegrías  
de la Alpujarra;  
las vibraciones  
del esquilon;  
las blandas notas  
de la guitarra;  
los puros goces  
de su pasión.

.....  
¿Cómo no llaman  
á sus hogares  
al que es la gala  
de su lugar,  
al que en la piedra  
de los altares  
vá sus venturas  
á cimentar?

.....  
¿Por qué no viene  
si allí lo espera  
la más garrida  
moza gentil,  
que á las escarchas  
de la pradera  
hace que broten  
rosas de Abril?

.....  
¿Por qué no vuelve?  
¿por qué se tarda?  
¡triste silencio!  
¡alma cruel!...

Pedro no torna,  
Nieves le aguarda;  
viene la tarde,  
pero sin él!...

Lágrimas tiernas  
vierte la hermosa;  
cruza la aldea  
triste rumor;  
la dulce virgen,  
la amante esposa  
de negras dudas  
sufre el rigor.

No acusa al jóven  
desventurado,  
de repentina,  
fiera traicion;  
nunca en el pecho  
del bien amado  
cupó de amores  
otra ilusion.

Más si *él en ella*  
soñó venturas,  
si por lograrlas  
suspira ya,  
¿por qué se aleja  
por las oscuras  
sendas del monte?  
por qué se va?

Diz que á la aurora  
salió galano

por la vereda  
que al monte dá,  
y por el hondo  
valle cercano,  
junto al abismo,  
pasó quizá!

Diz que á lo lejos  
su sombra extraña  
por unos riscos  
cruzó fugaz;  
y de las nieves  
de la montaña  
dejó su paso  
rota la faz.

Allá, y orilla  
de un ventisquero,  
diz que paróse  
con inquietud;  
y de un barranco  
por el sendero  
bajó tan rápido  
como el alud.

Crujieron piedras  
ráudas bajando  
con espantosa  
celeridad,  
y un eco múltiple  
de allí brotando  
zumbó en la oscura  
profundidad.



Su traje blanco  
 sus galas todas  
 la hermosa niña  
 triste guardó.  
 Pasó el recuerdo  
 de aquellas bodas  
 pasaron años  
 ¡y él no volvió!...

## II.

Sobre la oscura aldea,  
 cuna de *Nieves*,  
 leves pasan los años  
 cual áuras leves:  
 tras frescas primaveras  
 secos estíos,  
 tras brumosos otoños  
 inviernos fríos:  
 y aunque el hielo, y el tiempo  
 matan las flores,  
*Nieves* guarda las rosas  
 de sus amores.  
 Que hay oculto en las almas  
 búcaro eterno  
 do jamás con sus fríos  
 entra el invierno.  
 Huérfana, sola, triste,  
 y en su desierto  
 hogar, espera siempre  
 que vuelva el muerto.  
 Pero la inmensa tumba  
 de las montañas  
 no escucha los latidos  
 de sus entrañas.

Su juventud risueña  
 queda marchita:  
 apunta en sus cabellos  
 cana maldita;  
 forma un pliegue su dulce  
 boca riendo,  
 y el surco de una arruga  
 labra su frente.

Y en el hogar, privada  
 de amantes glorias,  
*Nieves* cercada vive  
 de sus memorias.

Los juegos de la infancia;  
 los rezos santos;  
 de labios juveniles  
 alegres cantos;  
 de amor las esperanzas  
 ay! tan inciertas  
 que mueren de la dicha  
 junto á las puertas;

la sombra del amado  
 que, á la costumbre  
 del vivo, ya se asienta  
 junto á la lumbre,

contando, á los temblores  
 de azules llamas,  
 leyendas en que mueren  
 génius y damas;

un libro, colocado  
 sobre la mesa,  
 y abierto por la página  
 que á *él* embelesa...

Todos son ya recuerdos  
 que, por piedad,

acompañan de *Nieves*  
la soledad.

Mas no está sola.—Vienen  
nuevas extrañas  
de lo más escondido  
de las montañas.

Dicen que Pedro vuelve  
cual á las ruinas  
de su nido retornan  
las golondrinas.

Dicen que el muerto vuelve;...  
que ya ha tornado  
con las vírgenes galas  
del desposado.

Dicen... Mas la campana  
¡raro concierto!  
dobla al par y repica  
tocando á muerto.

Todos los aldeanos,  
llevando flores,  
cantan, como en el valle  
los ruseñores.

Todas las campesinas  
visten de gala;  
sentidas oraciones  
su labio exhala.

Una Cruz va delante:  
*Nieves*, aun bella  
con las galas nupciales  
sigue tras ella.

En ataúd abierto,  
—lecho florido,—  
conducen al esposo  
recien venido.

Aun conserva el mancebo,  
con la frescura  
de las nieves, el brillo  
de la hermosura.

Dicen que en lo profundo  
de gruta umbría  
como esperando á *Nieves*,  
en paz dormía.

Mal herido en la frente  
y entre los hielos  
hallóse, la pupila  
vuelta á los cielos.

Y aun parece que brota,  
por ver su amada,  
rayo de luz del fondo  
de su mirada.

Ella vieja y él jóven,  
¡triste misterio!  
á desposarse vienen  
al cementerio.

Él muerto y ella viva,  
van, de esta suerte,  
caminando á su lecho  
¡lecho de muerte!

Y parece que dudan  
los circunstantes  
si el entierro es la boda  
de los amantes.

Al llegar á la tumba,  
que ya el reflejo  
baña del sol poniente,  
para el cortejo.

Un sáuce melancólico,  
cual centinela



sobre el pobre sepulcro,  
callado vela.

Sobre un monton de yerbas,  
que han florecido,  
ponen al muerto... ¡al novio  
que está dormido!...

Y Nieves con su antiguo  
blanco ropage,  
del árbol, que se inclina  
bajo el ramage,

revelando una lágrima  
su amor, su duelo,  
ya contempla al cadáver  
ya mira al cielo.

Se oye tierno, improviso  
trino suave,  
y se eleva á las nubes  
cantando un ave.

Vaga en el aire mudo  
dulce tristeza:  
un viejo sacerdote  
llorando reza;

luces de ocaso pálidas  
en sus mejillas  
la amante fiel del muerto  
cae de rodillas:

una mano de nieve  
toma en sus palmas,  
¡y para siempre unidas  
quedan dos almas!...

¡Y el rumor de oraciones  
que en torno zumba,  
hace de humilde fosa  
tálamo y tumba!!...

## LA FUENTE DEL AVELLANO.

¡Qué límpida y riente  
corre en verano!  
¡Cuán hermosa es la Fuente  
del Avellano!

¡Fuente sagrada,  
donde salud y vida  
bebe Granada!

Fresquísima alameda,  
formando calle,  
por angosta vereda  
sube del valle.

Ya gana el monte;  
ya se ensanchan los términos  
del horizonte...

Mayo de flores cubre  
valle y sendero;  
galas les brinda Octubre...  
¡galas Enero!

Que, allí sujetas,  
las áuras son amigas  
de las violetas.

Nidos hay de gilgueros  
en los espinos,  
que respetan severos  
los campesinos.

Porque su orquesta  
la soledad anima  
de la floresta.

Si al que sube fatigan  
las rudas lomas,  
á caminar le obligan  
brisas y aromas,  
la fronda oscura,  
y del agua cercana  
son y frescura.

¡Y que placer, que ambiente  
tan puro y sano  
al llegar á la Fuente  
del Avellano!

La piedra brota  
medicina y consuelos  
en cada gota.

La niña que padece  
de mal de amores,  
aliviada parece  
de sus dolores.

Que el agua pura  
se lleva entre sus ondas  
la calentura.

Rico verjel eterno,  
do siempre impera

sobre el canoso invierno  
la primavera:  
allí el anciano  
alientos juveniles  
halla el verano.

Un cerro se levanta  
rojo, sombrío,  
y allá abajo, á su planta,  
murmura un río,  
que su tesoro  
va esparciendo en menudas  
arenas de oro.

Vése en la orilla un sáuce  
que, en sus congojas,  
para llegar al cáuce  
baja sus hojas  
como sediento  
del agua en que copiado  
ve el firmamento.

Levántase una roca,  
que, indiferente,  
los murmullos provoca  
de la corriente...  
¡Cólera, en suma,  
que se deshace en copos  
de blanca espuma!

En sus bellos confines  
los trinadores  
ardientes colorines  
y ruiseñores



cuelgan sus nidos,  
de flores y de yerbas  
entretejidos.

Lejos, en la Abadía  
del Monte-Santo  
de célica armonía  
resuena el canto,  
que de la tierra  
conduce al cielo el áura  
de la alta sierra.

Mas luego, el son liviano  
de alegre zambra,  
frente al Templo cristiano,  
suena en la Alhambra;  
templo de flores,  
donde es Generalife  
nido de amores.

Mas allá desde el risco  
que lo suspende,  
el Albaicin morisco  
blanco se extiende:  
y en sus ruinas  
sombras pasadas buscan,  
las golondrinas.

¡Oh! ¡allí una voz sagrada  
que reza y llora!  
¡Aquí la enamorada  
guitarra mora!  
¡Y allá, en alguna  
Cruz, reflejando pálida

la triste luna!

¡Cielo azul esplendente:  
suelo galano;  
pura escondida Fuente  
del Avellano!  
¡Fuente que calma  
con la fiebre del cuerpo  
la sed del alma!

¡Fugaces airecillos,  
siempre templados,  
con rosas y tomillos  
embalsamados!  
¡Aves canoras,  
que sabeis los misterios  
de aquellas horas!

Vivid hasta que pueda  
quien no os olvida,  
subir esa vereda  
pidiéndooos vida,  
ó haced de suerte  
que soñándolo al menos,  
le halle la muerte.

## LA ALPUJARRA.

Espléndidas montañas,  
coronadas de nieves sempiternas,  
¡qué bellezas extrañas,  
¡qué armonías internas  
guardan vuestras lagunas y cavernas!

Inaccesibles riscos,  
hondos barrancos, fértiles umbrías,  
¡aún vagan los moriscos  
entre las áuras frías,  
llorándoos en amantes elegías!

Floridos peñascales,  
por do saltan, deshechos en espumas,  
cristalinos raudales,  
¡quién por aquesas brumas  
tendiera, como el pájaro, las plumas!

Entonces cantaría,  
al blando son del árabe guitarra,  
la ignorada poesía,  
la hermosura bizarra  
y el salvaje vigor de mi Alpujarra.

Allí Naturaleza  
vertió sus dones con abierta mano,  
y allí de su grandeza

el triste mahometano  
lanzó el último aliento soberano.

Cuando el Simoun ardiente  
quema, de Agosto en el febril exceso,  
de la sierra la frente,  
tal vez en ella impreso  
deja del pueblo moro un dulce beso.

Por aquellas colinas  
la nieve en mil arroyos se desata,  
y, entre robles y encinas,  
en olas argentinas  
se derrumba la hirviente catarata.

Órgiva, de tres rios  
el abrazo recibe asaz estrecho,  
y á los perpétuos frios  
de temporal deshecho,  
Cáñar dilata con afán el pecho.

Entre sus dulces cañas  
yace Motril, que á América sorprende:  
Múrtas, en sus montañas,  
al sol, que las enciende,  
de la higuera y la vid los frutos tiende.

Lanjaron, nido eterno  
de dulce amor y calma placentera,  
ve al riguroso invierno  
dar á la primavera  
ósculo blando de amistad sincera.

¿Quién á Cádiar olvida,  
dó libertad proclaman los moriscos;  
ni á Trevélez, que anida  
entre nevados riscos;  
ni á Mecina, cercada de lentiscos?

Las Guájaras, quebradas  
por volcanes ya extintos, zona agreste



de gentes no domadas,  
con sus manos alzadas  
herir quieren la bóveda celeste.

Cercan montes erguidos  
el antiguo *Guadálxus*, que blanquea  
entre almendros floridos...  
¡Allí, en rústica aldea,  
libre reinó mi soñadora idea!

Las sombras que en Bacares  
ván discurriendo por la azul laguna,  
oyeron mis cantares,  
y los oyó la luna,  
que en marino peñon bañó mi cuna.

Sueltas quizás, ó rotas,  
dormirán en los valles y quebradas  
de mi canto las notas,  
cual las aves calladas  
yacen en las oscuras enramadas.

Y tal vez en los huecos  
despiertan hoy, sonando por las breñas  
sus prolongados ecos...  
¡Sierras alpujarreñas,  
yo iré á buscar sepulcro en vuestras peñas!

En tanto, al arpa mia  
dad la música y luz que la alborada  
á vuestro cielo envía;  
y aunque sola, y colgada  
de mústio sáuce, sonará inspirada.

## EL FESTIN DE NOCHE-BUENA.

(CUADRO FANTÁSTICO)

Cuál esparcen las flores  
de helado viento ráfaga contraria!  
dispersó mis amores  
cruda la suerte vária:  
mi casa es ya cual tumba solitaria!

La lira del proscrito  
á la orilla del turbio Manzanares,  
no se templó al bendito  
calor de los hogares,  
ni suena con la brisa de los mares.

Solo mi fantasía,  
amiga de las ruinas, por dó á solas  
pudo vagar un día,  
retorna cual solía  
á aquel peñon bañado por las olas.

Hasta el ave viagera,  
que al florecer el último retoño  
lo abandonó ligera,  
torna en la primavera  
y no halla el nido que dejó en otoño.

Porque mi hogar querido,  
 hoy de cenizas y dolor cubierto,  
 aseméjase al nido  
 que del techo desierto  
 trémulo cuelga á la ventisca abierto.

Por la ventana rota,  
 en hora á los misterios oportuna,  
 filtra su rayo, gota  
 de luz, pálida luna  
 al sitio mismo dó osciló mi cuna.

Y su fulgor platea,  
 con amoroso afán, el tronco seco,  
 que de la chimenea  
 yace en el fondo hueco:  
 brota la luz, y con la luz un eco.

Eco, gemido ronco  
 de una *Sombra* que rápida se eleva  
 junto al árido tronco;  
 fuego en sus manos lleva,  
 en él lo prende y con afán lo ceba.

En el místico despojo  
 del árbol nace en plácido sosiego  
 punto encendido, rojo,  
 que se dilata luego  
 como lengua voraz de ardiente fuego.

Crece, sube la llama,  
 el tronco cruge y se estremece y arde,  
 y la luz que derrama  
 en repentino alarde  
 el crepúsculo finge de la tarde.

La *Sombra* peregrina,  
 pálida cual venida de la huesa,  
 al ver que se ilumina  
 junto al hogar la mesa,

gozo del padre en su mirada expresa.

Se asienta presurosa,  
 y á su ejemplo leal y á la costumbre,  
 se levanta amorosa  
 la entera muchedumbre  
 de sus hijos en torno de la lumbre.

Y la sombra bendita,  
 —que es imágen del padre siempre bueno,—  
 á comenzar invita,  
 alzando el vaso lleno  
 de puros goces, el festín ameno.

La familia, apiñada  
 al redor de la mesa, sin pesares,  
 recuerda otra velada,  
 de vinos perfumada,  
 llena de luz, de risas y cantares.

Y apuran aquel mosto  
 que guarda en su oleage purpurino  
 el calor del Agosto,  
 recordando al marino  
 que cruza triste el piélago vecino.

Bendiciendo la parra  
 que regaló en Octubre su ambrosía,  
 tocan en la guitarra  
 la gloriosa elegía  
 de José fugitivo y de María.

Y los buenos pastores  
 que vienen con afán y sin aliño  
 á contar sus amores,  
 no entre sedas ni armiño  
 si no entre pajas, al celeste Niño.

Y luego del Oriente  
 Magos que corren, al fulgor intenso  
 de estrella refulgente,



á dar con gozo inmenso  
tributo en mirra, en oro y en incienso.

En tanto, por la calle  
vaga la multitud, canta, vocea,  
y hasta que ronco estalle  
el esquilon voltea  
de júbilo en la torre de la aldea.

Y el tronco se consume  
al fuego del hogar que lo aniquila,  
balsámico perfume  
de su seno destila,  
y moribunda luz tiembla y oscila.

Para morir asombra  
llamarada fugaz; en densa niebla  
se sume, con la *Sombra*;  
y rápida tiniebla  
de espectros nuevos el recinto puebla.

¡El nido está vacío,  
el árbol de verdores despojado;  
y soledad y frío  
llenán mi hogar sombrío,  
sin lumbre, sin festín, abandonado!...

Idilios candorosos,  
de religion y paz cuadros risueños,  
porqué, si tan hermosos  
del ánima sois dueños;  
¿porqué tan solo me alhagais en sueños?

La luz y la alegría,  
lo hermoso del hogar y de la cena,  
son vana poesía...  
¿ensueño, fantasía  
del último festín de Noche Buena!

## EL NIÑO DE LA BOLA.

(A D. PEDRO A. ALARCON.)

No más el labio mudo:  
lo exige la verdad. Ya no respeta  
acre mi ingénio rudo  
tu númen claro, tu decir agudo,  
tu inspiración bellísima, oh poeta.

Airado ya no cruje  
sobre el siglo tu látigo sañudo...

Dónde está aquel acento poderoso,  
aquel vivo calor, aquel empuje  
que animaran tu *Escándalo* glorioso?

¿Dónde?... Bajo tu pluma  
no brotan ya, con líneas y colores  
de hermosos resplandores,  
de estudiados ambages sin la bruma,  
las figuras severas,  
gallardos tipos de moral cristiana,  
que se levantan, con valor, enteras  
sobre el escombros de una edad liviana.

¿Dónde viste aquel *Niño* vigoroso,  
de fiero corazón y forma ruda,

engendro de la sierra misterioso,  
vano, informe coloso,  
que vencen los fantasmas de la duda,  
cuando aun la fé conmueve sus entrañas?  
¡No es hijo, vive Dios, de tus montañas!

Allí la sangre en rápido torrente  
circula por las venas;  
allí se adora á Dios porque se siente  
su espíritu potente  
en las nieves serenas,  
que coronan de espléndida blancura  
del Mulhacen la altura;  
en las flores que bordan el atajo,  
por do ruedan las aguas sonoras;  
en las quiebras, do el viento con trabajo  
va moviendo sus alas temblorosas;  
en el vago idealismo  
de aves que cantan su amoroso celo;  
en las peñas que bajan al abismo,  
y en las nubes que tocan en el cielo.

Allí se cree y se muere  
por la fé... ¡Allí se mata  
á la mujer ingrata,  
que con traicion sarcástica nos hiere!  
Pero no se vacila  
jamás: es la pasión tempestuosa;  
no apacible y tranquila,  
cual áura cariñosa  
que el pétalo acaricia de la rosa.

*El niño de la Bola* no naciera  
en Axí... ni tampoco  
aquel reptil, de corazón de fiera,  
que, en su ignorancia vil y su descoco,  
apenas tiene, bajo el ruin aspecto

de lúgubre figura,  
lugar para un afecto,  
como rayo de luz en nube oscura.  
Eso está en la ciudad, donde no viste  
la impiedad tan fatídico ropaje,  
pues la elegancia y pulcritud le asiste;  
y, cual bello celaje  
el rayo destructor guarda en su seno,  
cortes lanza el impío,  
entre frases de mágico atavio,  
doradas gotas de mortal veneno.

Oh poeta, tu mano vacilaba  
al trazar la bucólica figura  
del buen Pastor de almas: la dulzura  
que en sus sencillas frases derramaba;  
su fé cándida y pura;  
la inquebrantable, singular firmeza  
de su carácter bello;  
su corazón de mística pureza;  
no son, vate, el destello  
de cualquier Religión... Una tan solo  
pone en el alma fé tan verdadera:  
las almas que no miran á ese polo  
van sin rumbo y no tocan la ribera.  
Dios es Dios, y no toma  
acá y allá contradictorio nombre;  
muere en la Cruz; desciende en la paloma  
sobre el Jordán; y baja sobre Roma,  
dócil al verbo celestial de un Hombre!...

¿No sientes ya su inspiración sagrada?  
¿Ya no eres tú, poeta,  
el que cantó la fe de mi Granada?  
¿Ya el sublime salterio del profeta  
no resuena en tu lira destemplada?



Olvidando santísimas verdades,  
¿te arrojas á cantar las vanidades  
de la duda soberbia? ¿Ya te mueven  
del siglo las furiosas tempestades?  
¿Tu hogar bendito á profanar se atreven?

Al choque de esos vientos  
¿cuál desmayan medrosos tus acentos!  
La rica galanura  
de tu imaginacion, que parecía  
fresca, lozana, pura,  
marchitándose vá, cual la espesura  
de la feraz umbría,  
cuando el soplo de Octubre la despoja  
de sus galas mejores...  
¡Quedan, oh vate, el álamo sin hoja,  
los rosales sin flores!...  
¿Temes porque el zenit relampaguea?  
¿No ves como á lo lejos  
el cielo, despejándose, clarea?  
Del rayo tras los cárdenos reflejos  
azul más puro tiene el horizonte.  
Si tu vista no alcanza,  
deja el oscuro valle, trepa el monte...  
¡Allí están cerca el sol... y la esperanza!...

—Madrid—1880—

## UN LIBRO.

(REGALO DE BODA)

A ADRIANA.

Bardo que gime de su patria lejos  
perlas no tiene que feliz brindarte:  
cantos apenas de su lira brotan,  
cantos fugaces.

Ciñan algunos en gentil corona  
mirtos y rosas á tu blanca frente;  
cubra tus formas de pureza griega  
cándida veste.

Misero, triste, de pasadas horas  
guardo memorias en cerrado libro:  
nadie sus hojas profanó curioso:  
yace tranquilo.

Ábrelo: mira; sobre nieve lucen,  
como tus rizos y tus ojos bellos,  
de oro y azul sus letras peregrinas:  
dicen... ¡Recuerdos!...

Dulces recuerdos de felices años:  
maternas risas, plácida inocencia;  
la Virgen Madre que del cielo baja,  
¡y al ángel besa!

Casa cercada de jardín alegre,  
áuras que suben del cercano río,  
trovas que bajan de florida sierra,  
juegos sencillos.

Luego, las nubes de dorados sueños,  
ánimas secretas y latir ardiente...

¿Quién entre aromas y suspiros vaga?

¡Amor que viene!

Cabe la reja serenatas dulces,  
sobre el cabello perfumadas rosas,  
luz en el cielo, flores en la tierra,  
cerca... ¡su *sombra*!

Jóven, apuesto, de virtudes norma,  
llega, se acerca... Míralo... ¿Qué busca?  
Cándida esposa, tálamo florido,  
gozos, ternuras.

¿Tiemblas? El ara próxima y... el lecho;  
lares que guardan cuna bendecida;  
huerto vecino donde luego saltan...  
¡milavecillas!—

Sigue leyendo: sigue. Venturosos  
años te aguardan. Dícelo un profeta;  
dícelo el libro que en tu mano tienes,  
amiga bella.

¿Qué? No lo quieres? Libro tan hermoso  
nuevo calor y amparo te demanda,  
Título bello, celestial el suyo  
¡es... Adriana!...

## BAJAR Y SUBIR.

### I.

Bajó de la montaña  
con pié ligero:  
así baja el torrente  
ya en el invierno.

Bajó, libres los rizos  
de sus cabellos,  
como la enredadera  
que mece el viento.

En sus ojos brillaba  
júbilo intenso,  
de amorosa impaciencia  
saltando el pecho.

El sol en sus megillas  
daba reflejos,  
como en la superficie  
del lago terso.

Pasaba por sus labios  
fugaz el céfiro,  
ya derramando esencias,  
ya recogiendo.

Para oír su palabra  
callaba el viento,



y en quebradas y grutas  
plácido el eco.

Y al ver ya su hermosura,  
ya su contento,  
—¡á dónde irá tan sola?  
me dije quedo.

## II.

Detúvose la niña  
junto á un arroyo,  
en sus puros cristales  
fijos los ojos.

Pasaban dos palomas  
de vuelo airoso,  
y mezclaban dos pájaros  
sus dulces tonos.

Las brisas de los valles  
con blando soplo  
deshojaban las rosas  
y los aromos.

Y la graciosa niña  
de amor y gozo  
las señales lucía  
sobre su rostro.

Mas el semblante lindo  
volvió de pronto,  
vió... y corrió á la enramada  
de arbustos lóbregos.

Y yo decia al verla  
bajar tan hondo:  
—¡cómo atrae el abismo  
vertiginoso!

## III.

Y subia la niña  
triste cual bella,  
como la blanca luna  
tras pardas nieblas.

Subian aromadas  
ráfagas sueltas,  
ráfagas de aire henchido  
de mil querellas.

Dió la noche á la hermosa  
sombras y penas:  
como su rostro pálida  
salió una estrella.

Por coger unas flores  
perdió la senda:  
un giron de su falda  
quedó en las peñas.

Tornó al profundo valle  
la vista inquieta...

—¿Y tuvo miedo acaso?

—¡Tuvo vergüenza!....

## AMORES.

(POESÍAS)

### PATRIA, FIDES, AMOR.

#### I.

(HOGAR Y PATRIA.)

Alza nuevo cantar, dije á mi lira,  
y el númen que me inspira  
pronunció del *amor* el nombre santo....  
Soberbio el corazón se enciende en ira;  
quiero el *odio* cantar; y el *amor* canto!

Aquí el invierno, pródigo en horrores,  
arrancando á la tierra sus verdores  
y poblando los aires de tormentas;  
allí la guerra, en lágrimas fecunda,  
excitando en los pueblos, iracunda,  
tempestades cruentas;  
la impiedad, anublando  
en el alma serena del creyente  
de la fé las celestes alboradas;  
y la envidia social, amontonando  
en el alma del pobre, sordamente,  
densas hieles, de cólera preñadas;  
doquier el odio humano

AMORES.

69

que en el inerme pecho del hermano  
envenenado su puñal esconde;  
mas ¡oh placer! la lira del cristiano  
al canto solo del amor responde.

Canto primero que sonó en mi oído  
y suena aún.....

Cantor desconocido,  
pájaro de los montes ignorado,  
puse en un árbol el flotante nido,  
de una rama colgado,  
y del viento á merced abandonado;  
y allí me columpiaba  
cuando la brisa de la mar soplabla  
y el hésped nacía,  
y, cuando declinaba  
mi saludo enviaba  
á la primera luz del nuevo día.

Yo canté en la ribera  
del mar azul, mirando las espumas  
deshacerse á mis piés cual roto encaje;  
yo canté de la viña en la ladera,  
cuando de Otoño las espesas brumas  
se enredan de la vid en el ramaje;  
y hoy, lejos de la erguida chimenea,  
donde el humo azulea  
al brillar del lucero vespertino;  
ausente del hogar, que allá blanquea  
de la vida en el áspero camino;  
hoy que mi voz levanto,  
voz que sale empapada  
de la nostalgia en el acerbo llanto,  
canto la patria, los amores canto.  
¡Oh cuna de mis sueños rodeada!



¡Oh dulce hogar! ¡Oh patria! Yo os bendigo  
 con el fervor ardiente que me anima.  
 ¡Hermoso, claro sol, que no consigo  
 del Guadarrama ver sobre la cima;  
 montes, ceñidos de opalinas blondas;  
 valles, cercados de armoniosas grutas;  
 aguas, corrientes bajo ricas frondas;  
 árboles, llenos de sabrosas frutas;  
 Mediterráneo de celestes ondas;  
 vosotros conoceis la placentera  
 tierra donde nací; pero doquiera  
 hallo patria: en el valle, en la montaña,  
 en el llano, en el mar, en la ribera!....  
 ¡Esa lengua, ese altar, esa bandera  
 son mis pátrios blasones, son mi España!

.....  
 A mis recuerdos sus memorias junto.  
 Hundida aún en lóbrega ignorancia,  
 al sonoro laud épico asunto  
 dar supo con intrépida arrogancia  
 ¡el sol de gloria que brilló en Sagunto  
 de luz eterna circundó á Numancia!

Invicto siempre el corazón hispano,  
 ni el vándalo, ni el suevo, ni el alano  
 con bárbarie feroz le puso miedo;  
 cede en la lucha al godo, más ufano  
 su fé mira triunfar en Recaredo.  
 Rodrigo muere, y femenino desmayo  
 trono y pueblo derroca  
 en negro abismo, del Islam al rayo...  
 ¿No hay esperanza? sí: vive Pelayo  
 ¡y hay patria, fé y amor en cada roca!  
 ¡La fé!... La fé de Cides é Isabeles  
 prodiga sus laureles,

por ocho siglos, al valor de España;  
 en Covadonga aterra á los infieles,  
 hunde en las Navas su potente saña,  
 de Granada florece en los vergeles,  
 maravilla de Otumba en la campaña;  
 y do cruge la espada de Castilla  
 contra el indio feroz ó el agareno,  
 ¡vision celeste, que aparece y brilla  
 de procelosas nubes en el seno,  
 blande el Hijo del Trueno,  
 en su corcel, el rayo por cuchilla!  
 España sus triunfos eslabona  
 y extiende su poder. Fuerte matrona  
 claro el rumor de sus hazañas grandes  
 llevó de zona á zona;  
 Nápoles, Túnez, Flandes  
 temblaron á sus piés; y su corona  
 humilló, con inmensa pesadumbre,  
 del Atlas fiero la soberbia cumbre  
 y la soberbia cima de los Andes!  
 ¿Dónde el coloso ya? ¿Dónde aquel fuerte  
 cetro que de dos mundos sostuviera  
 el peso sin igual?... Mudó la suerte,  
 y como piedra inerte  
 al abismo cayó cetro y bandera.  
 ¡Ay de tanto poder! Vate cubano,  
 al pié de un sicomoro,  
 llora, al mirar el último, liviano  
 giron del continente americano,  
 que yo, cantando, lloro!...  
 ¿Mas que importa al que ama  
 la pobreza en que bárbara fortuna  
 hundió la antigua pompa de su dama?  
 ¡Siempre amaré el recuerdo de mi cuna!



¡Siempre en mi lira trovas y loores  
habrá para el hogar de mis mayores!

Y no me negarás, oh patria mia,  
para posar mi frente,  
cuando llegue el ocaso de mi día  
bajo aquel cielo dó rayó su oriente,  
en un rincón de tierra solitaria,  
¡una tumba, una cruz, una plegaria!

Y si no escuchas mi amoroso anhelo,  
si á este polvo se cierra  
aquel último hogar, que nos dá el suelo,  
mi espíritu, volando de la tierra,  
su patria buscará, que está en el cielo.

## II.

(HIJO Y MADRE.)

Mas ¡oh! cruzando el tiempo y la distancia  
vienen, de patrio amor dichasas prendas,  
los besos de la infancia  
bañados en la mística fragancia  
de cristianas leyendas!  
Besos y aromas que al hogar desierto  
del pobre desterrado  
traen el rumor incierto  
de blandas olas que escuchó en el puerto,  
antes que el mar cruzase extraviado.

Ay! Lejos de los brazos maternos,  
cuando el invierno impío  
por los rotos cristales

del aposento tenebroso y frío  
entrar deja los vientos,  
—mensajeros que vienen con enojos  
cargados de lamentos,—  
¡qué celestes visiones  
consuelan y alucinan nuestros ojos!  
¡Qué santas ilusiones!

Una casita blanca se vislumbra  
oculta como nido entre rosales:  
la luna melancólica la alumbra,  
reflejando del mar en los cristales.

Se levanta en la cresta de una loma  
dó arroja el viento, y sus paredes cubre,  
flores de almendro, cuando Enero asoma,  
hojas marchitas, al venir Octubre.

Recibe con las ráfagas marinas  
avisos y rumores de las olas,  
el saludo de naves peregrinas  
y los ecos de amantes barcarolas.

De su reja flotantes campanillas  
cuelgan enredaderas abrazadas,  
y posan en sus flores amarillas  
ligeras mariposas irisadas.

El humo desprendido  
del apacible hogar, signo suave  
es del *amor que vela*... ¡En aquel nido  
sus polluelos tal vez cobija un ave!...

Sí. Una mujer, aun bella, dulce, sola  
inclina hacia la llama su cabeza,  
que se ciñe de móvil aureola,  
con sus rayos de plácida tristeza.

Y baja su mirada dulcemente  
de un ángel á la frente,  
que asoma del encage entre la bruma,



cual la cándida ninfa entre la espuma  
de la turbada fuente.

Y esa mujer, que vela solitaria,  
cual tierno ruiñeñor cabe su nido,  
murmurando un cantar, una plegaria,  
del corazon unísono al latido;  
ella que, jóven, ya en tenaz arruga  
el surco muestra de labor interna,  
y en la furtiva lágrima, que enjuga,  
temores vagos y esperanza tierna;  
ella, pálido lírio  
que el yermo hogar alegre y embalsama,  
y en medio á los abrojos del martirio  
alza su cáliz y su olor derrama;  
esa mujer encierra  
en su pecho, sereno en los dolores,  
el amor más sublime de la tierra,  
¡el único tal vez de los amores!

Ella, en la noche lóbrega, es el hada  
que arranca, silenciosa, las espigas  
de mi dura almohada;  
ella besa mi frente, por rüinas  
de muertas ilusiones arrugada;  
¡ella ficcion aquí del sentimiento!....  
su imágen adorada  
á mis megillas dá fresco rocío,  
á mi pulmon aliento,  
luz al cerebro mio,  
y aparta, en su terrible desvario,  
el agudo puñal de un pensamiento!...

Sin ella nada soy: valor y calma  
me dá, virtud me inspira,  
fé en la celeste palma,  
llena mi corazon, temple mi lira...  
¡Ella mi madre es! ¡Madre del alma!!!

## III.

(AMANTES).

No olvidé su ternura  
cuando, en la edad florida,  
sentí la calentura  
del amor juvenil; ¡ay! que no dura  
más que un instante hermoso de la vida.

Todo es fuego y placer. Su antorcha enciende  
el sol primaveral: ráuda descende  
de la encumbrada sierra  
la nieve, en arroyuelos desatada,  
y siembra de pasada  
yerbas de olor y flores en la tierra.

Pian ya las caseras golondrinas,  
arrullan las palomas,  
las cogujadas salvan las colinas,  
y con nuevos aromas  
bajan de allí las áuras campesinas.

Aman todos los seres: el que huella,  
leve insecto, las húmedas corolas  
de los lirios que bordan las umbrías,  
y el sol que va, como fugaz estrella,  
del mar del éter las inmensas olas  
surcando entre celestes armonías!

Se esponja el corazon, y á las dulzuras

ábrese de la vida: las regiones  
 del alma se matizan de ilusiones,  
 como de azul y rosa las alturas  
 de la montaña; pasan por la frente,  
 cual encendidas ráfagas, sonrojos  
 que al fuego brotan de mirada ardiente,  
 y se pinta en los ojos  
 la imagen sonriente  
 de una mujer... Oh! Es ella! ¿Quién no adora  
 su semblante en que el mundo se recrea?  
 Su faz luce las tintas de la aurora;  
 el sol en sus pupilas centellea;  
 en un hoyuelo de su barba mora  
 la gracia; suelto su cabello ondea;  
 es su talle, cimbrándose, la palma...  
 ¡Quién sereno la vé, nació sin alma!  
 ¡Vedla! Siempre delante!  
 Doquiera su belleza retratada  
 se mira, y perseguimos anhelante  
 la luz de su mirada,  
 su blanca vestidura,  
 su pálido semblante;  
 y del valle cruzamos por la hondura,  
 dó azucenas brotáran á su paso,  
 y trepamos las rocas de la altura,  
 y más allá... su espléndida hermosura  
 se refleja en las tintas del ocaso!...  
 El ánsia crece, y crece,  
 y tendemos las manos tras la hermosa  
 vision que á nuestros ojos resplandece,  
 ya asimos su ropage,  
 ¡y entre el azul y rosa  
 del último celage  
 la adorada ilusion se desvanece!...

Mas no, que torna, y la beldad hechiza  
 otra vez y cien y otras al mancebo;  
 y brota nueva flor; renace Febo;  
 ¡y la ilusion hermosa se realiza!  
 .....Corren los dias. Ya no se dilata  
 por los aires la dulce cantilena;  
 ni alegre serenata  
 la quietud arrebatada  
 de la noche serena;  
 que del plácido mar sobre las olas  
 pasó ya la barquilla,  
 al son de enamoradas barcarolas,  
 huyendo de la orilla...  
 Los locos devaneos  
 cesan ya: de los celos la inclemencia,  
 la agitacion febril de los deseos,  
 la inquietud, la impaciencia,  
 el palpar nervioso de la ausencia;  
 que ya, la fé en el alma,  
 sucede á los amores procelosos  
 esa celeste calma  
 del bendecido amor de los esposos!

## IV.

( ESPOSOS. )

¡Qué vago afán y dulces sentimientos  
 turban á los amantes, que ya esposos



son por la fé de sacros juramentos!  
¡Qué claros horizontes luminosos!  
¡Y cuanto ven sus ojos soñolientos!

Su porvenir contemplan, que se alumbra  
con el albor de mágica penumbra.

Ven la cándida veste  
que en sus gasas envuelve la pureza;  
la bendicion celeste  
de aureola sirviendo á la belleza;  
de los padres el júbilo y el llanto;  
las copas del festin; la alegre danza;  
de hermosa soledad el dulce encanto;  
el logro del amor y la esperanza;  
el lecho conyugal, que no visita  
ni el rayo de la luna,  
en el misterio de quietud bendita;  
la aparicion graciosa de la cuna  
donde un ángel dormita;  
la mesa del hogar, dó corre el vino  
de las parras del huerto,  
y aroman flores del jardín vecino,  
de laureles cubierto,  
y á las brisas y pájaros abierto;  
el árbol, que en la fértil primavera  
se alzó verde y umbroso,  
y, tronco ya que el hacha destruyera  
cubren las rojas llamas de la hoguera  
en las noches de invierno proceloso;  
la viña, que se hereda, y el collado  
dó luego van los padres con sus hijos,  
hasta el hondo vallado,  
de espinas erizado,  
contra el torrente centinelas ájos;  
y acá y allá la patria, que se extiende

por las altas montañas, tras el río  
que la ancha vega hiende,  
bajo un cielo purísimo, que enciende  
un sol radioso de perenne estío;  
y esa patria,—que lleva á sus cantares  
aromas de sus campos y verdores,  
el incienso y la luz de sus altares,  
de su historia los vivos resplandores,—  
la patria, con su mágico embeleso,  
nace de un solo beso.....  
¡del beso conyugal de los amores!...

Cuando en una estrechándose dos palmas,  
se buscan sin agravios,  
en la dichosa soledad, dos labios  
para formar el lazo de dos almas;  
¿quién dirá los secretos  
que de la sombra velan los crespones?  
¿quién oye los inquietos  
latidos de amorosos corazones?  
¿quién del pudor la mística fragancia  
no aspira ante la puerta  
de la feliz estancia,  
solo al paso de un ángel entreabierta?

Ángel es! Bien lo dice la blancura  
de sus alas, su faz, su vestidura.

Pero él nos ve, nos mira con enojos:  
de la alcoba nupcial á la cortina  
asoma, ¡allí!... De cielo son sus ojos;  
su frente purpurina,  
como bañada en dudas y sonrojos;  
la cabeza inclinada;  
la diestra levantada;  
y un dedo blandamente  
apoyado en la boca sonriente.

¿Porqué mira, con mística dulzura,  
como ansiando volar hacia la altura?

Silencio! Ya para tender el vuelo  
está pronto; ya, en nube  
de nieve y rosa, avergonzado sube;  
rompe del aire azul el ancho velo;  
se aleja... desaparece... ¡Ya el querube  
el himno del amor canta en el cielo!

— Madrid — Enero, 187....

## LAS LETRAS ESPAÑOLAS.

Llorad tristes elegías,  
musas del Parnaso ibero,  
congojadas.

Glorias de mejores dias  
cual hojas al noto fiero  
son lanzadas.

¿Dónde las flores de antaño?  
Las deshojó impetuoso  
torbellino;  
y solo quedan ogaño  
zarzas al borde ríscoso  
del camino.

La luz del Renacimiento  
enciende el númen hispano:  
resplandores  
y músicas tiene el viento;  
y anidan en monte y llano  
ruiseñores.

Recordando á Galatea,  
que entre orégano y tomillo  
mueve el paso,  
tras la bárbara pelea,



suenan el dulce caramillo  
Garcilaso.

Herrera en bíblicas notas  
alza las preces sagradas  
de su canto;  
y aun del turco las derrotas  
dicen las aguas turbadas  
de Lepanto.

Vierte Hojeda en religiosos  
cuadros, de hermosura llenos,  
fè divina;  
y amables son, cual hermosos,  
los *ojos claros, serenos*,  
de Cetina.

Lope, de la patria escena  
tege con feliz empeño  
larga historia;  
Calderon, que un siglo llena,  
muestra que *la vida es sueño*,  
¡no su gloria!

La verdad moral proclama  
Alarcon, desde la altura  
del proscenio;  
áticas sales derrama  
Moreto, con la finura  
del ingénio.

Mirando al sol de Castilla,  
de América mal domada  
tras la espuma,  
se eleva el épico Ercilla,  
ya manejando la espada,  
ya la pluma.

Si entre bosques y asperezas  
Góngora, tras oropeles,

se extravía,  
halla eróticas ternezas,  
abeja que liba mieles  
su poesía.

Hechuras del gran Cervantes,  
buscando buenas andanzas  
y no azotes,  
sobre flacos Rocinantes  
discurren los Sancho Panzas  
y Quijotes.

Vicios y errores destroza  
la cólera, siempre en vela,  
de Quevedo;  
y en Hurtado de Mendoza  
el númen de la novela  
juega ledo.

¿Á do fueron los cantares  
de los vates castellanos?  
¿Á do fueron?

Ya no pueblan nuestros lares.  
Patrios himnos y cristianos  
ya murieron.

Musas vírgenes y puras,  
¿cómo tan fatal engendro  
nos legasteis?

Bellezas y galanuras,  
pébiles flores de almendro,  
¿cual pasasteis!...

De trovadores románticos  
grande, procelosa nube  
se derrumba,  
al son triste de los cánticos  
que del negro fondo sube  
de una tumba.

Á las flautas pastoriles  
suceden los rancos plectros  
y atambores,  
y á las náyades gentiles  
pálida legion de espectros  
y terrores.

Los héroes y las deidades  
ya no van por cielo y tierra,  
vagabundos,  
mas pueblan las soledades  
génios del mal y la guerra,  
furibundos.

Quizá, al rayo de la luna  
que en las nieblas se deshace,  
brotar quiere  
lúgubre cipres, ó alguna  
flor que en un momento nace,  
se alza y muere...

Huyan sátiros lascivos  
que en los bosques habitaban  
como fieras;  
mas no salgan vengativos  
trasgos, que en paz descansaban  
ó panteras.

No anden sueltas las ondinas  
por las aguas plateadas;  
tiene el viento,  
que ondas mueve cristalinas,  
de las arpas bien templadas  
el contento.

La madre naturaleza  
luzca sin vano atavio  
sus primores,  
y al Autor de su grandeza

diga fiel en canto pio  
sus amores.

Mas no yerren por el viento  
de místicos seres filas  
siempre inquietas,  
ni en el Gólgota sangriento  
al par reinen las sibilas  
y Profetas.

Hoy, sin dioses y sin magos,  
van las musas españolas  
de tal modo  
que en las fuentes y los lagos  
solo ven tras de las olas  
tierra y lodo.

Hoy la escena sin misterio  
muestra el crimen repugnante  
victorioso,  
y vá erguido el adulterio  
exhibiendo su semblante  
pavoroso.

Perdió sus gracias Talía,  
y necia, procaz, no aguda,  
se presenta,  
ébria, loca de alegría,  
que su belleza desnuda  
libre ostenta.

Si hay virtud, es idiota,  
no la cristiana locura  
que vá al cielo,  
como nube azul que flota  
desde la sublime altura  
sobre el suelo.

Callaron las viejas liras;  
las de David y Virgilio



yacen mudas.  
 Que las musas son las iras,  
 y hasta anublan el idilio  
 negras dudas.  
 ¿Porqué sublimes grandezas  
 ofender con el acento  
 de la furia?  
 ¿Porqué ceñir de bellezas  
 de algun fraile turbulento  
 la lujuria?  
 Quien en su cabeza siente  
 el furor sacro que inflama  
 la poesía,  
 alce á Dios Omnipotente  
 cítara, que así derrama  
 la armonía.  
 Vates, en cuyas medrosas  
 manos tiembla el arpa santa,  
 ¿qué buskais?  
 ¿Á qué nubes procelosas  
 vuestro númen se levanta?  
 ¿qué dudais?  
 Entre el pasado y futuro  
 vacilais, como la estrella  
 matutina,  
 y errais por un valle oscuro,  
 sin que os muestre alguna huella  
 la colina.  
 Subid, pues, á la montaña  
 desde el valle ó la caverna.  
 Ya el sol hiere  
 y alumbra el cielo de España.  
 Tened fé, que es musa eterna:  
 Dios no muere.

Hasta los valles nublados  
 iris, que la fé colora,  
 su luz lleva.  
 La fé de tiempos pasados  
 será, con la nueva aurora,  
 la fé nueva.  
 Musas de los patrios lares,  
 á Dios alzád himnos santos,  
 santo anhelo.  
 Canten ó rujan los mares,  
 sobre sus olas y cantos  
 está el cielo!

## LA VOZ DE LAS CAMPANAS.

—¿Qué dicen, madre mia,  
por la mañana  
los alegres sonidos  
de la campana?

—Que la oracion del alba  
se encumbra al cielo,  
á do canoras aves  
tienden el vuelo.

—Cuando el sol en ocaso  
sin fuerzas arde,  
¿porqué tres campanadas  
cierran la tarde?

—Recuerdan que nos traga  
la tumba fria,  
como en la noche lóbrega  
se sume el dia.

—Y por eso elevamos  
plegarias bellas...

—Al que formó los soles  
y las estrellas.

—¿Porqué tan melancólico,  
tan funerario

es el clamor, á veces,  
del campanario?

—Entre el cielo y la tierra  
vaga esa nota,  
por que un alma en los aires  
temblando flota.

—Se vá?

—Se vá del mundo,  
y el bronce herido  
le dice ¡adios! con grave,  
sordo gemido.

—¿Y cómo á veces saltan  
los corazones  
al escuchar agudos,  
alegres sonos?

—Porque el alma inocente  
de la criatura  
trepá, como las águilas,  
la azul altura;  
y allá, en el sempiterno  
vergel florido,  
dispuesto por los ángeles  
tiene su nido.

—Tal vez de las campanas  
es la armonía  
tierno júbilo y dulce  
melancolía.

—Porque en un cuerpo virgen  
tal vez se encierra  
un alma, que del cielo  
baja á la tierra.

—Quizás ligero espíritu  
se agita y corre  
por el arpa, suspensa



de la alta torre.

—Dicen que con la música  
de sus conciertos  
de sus hondos osarios  
se alzan los muertos.  
Y saltan por las cuerdas  
de las campanas,  
y vuelan con sus leves  
notas cristianas;  
y desde el aire oscuro,  
que ya platea  
la luna, melancólicos  
miran su aldea;  
y sin duda recuerdan  
el curso vario  
de su vida, á la sombra  
del campanario!...

## LEYENDAS GRANADINAS.

### INTRODUCCION-DEDICATORIA.

A mi querido hermano F. G.

Acoge, hermano mio,  
la voz de mis leyendas y cantares,  
cual saludo que envío  
á los patrios hogares,  
desde el suelo que baña el Manzanares.

Y mis trovas no importe  
que al seno lleve de tranquila aldea  
el áura de la corte,  
y bendecida sea  
si un instante los ánimos recrea.

Del siglo en el torrente  
no arrojo mi laud: desde la orilla,  
mirando la corriente,  
mi fé canto sencilla  
mientras el sol entre celages brilla.

Las fieras tempestades  
no perturban la paz de mi conciencia:  
de todas las edades

recogida la esencia  
es el bello ideal de mi existencia.

Hoy de recuerdos vivo  
sin esperanzas de carmin y rosa;  
más dicha no concibo  
que la dulce y sabrosa  
que en la modestia y el amor reposa.

Otros en los salones,  
al calor de la vida cortesana,  
encienden sus pasiones  
que exhalan en canciones,  
de aire fugaz en ráfaga liviana.

Mis ambiciones locas  
son vagar, con los sueños de mi alma,  
por cima de las rocas,  
encontrar una palma  
y á su sombra gozar salud y calma.

Allí ocultar mi nido:  
volar, con la calandria y la paloma,  
por el valle florido,  
y trepar la alta loma  
donde el semblante del invierno asoma.

Y si el áura me lleva  
á otras zonas, voluble peregrina,  
la primavera nueva  
tornar á mi colina,  
como vuelve también la golondrina.

Cuando sonríe Mayo  
cojer del monte en la pomposa falda,  
teñidas por un rayo  
de púrpura y de gualda,  
flores para tejer una guirnalda.

Y orilla de una fuente  
asombrar á zagalas y pastores

con relacion doliente  
de sentidos amores,  
que hacen morir á insignes trovadores.

Hablarles de los magos  
que viven en cavernas tenebrosas  
bajo profundos lagos,  
á princesas hermosas  
en prisiones teniendo misteriosas.

¡Qué escondidos tesoros!  
¡Qué palacios! ¡Qué aromas y que ambiente!  
¡Oh leyendas de moros  
que al dormido Occidente  
trajisteis los ensueños del Oriente!

Plácenme las historias  
que el espíritu elevan á los cielos,  
brindándole esas glorias,  
en la tierra ilusorias,  
fugaz alivio á los humanos duelos.

La paz de los hogares  
llena mi corazon con su embeleso.....  
¡Ay mis perdidos lares!  
Vuestro caliente beso  
guardo en el alma con amor impreso!

Viejo tronco flamea,  
dá en los cristales, con sonoro choque,  
la lluvia que gotea,  
y retumba en la aldea  
de las benditas ánimas el toque.

Y sus férvidas preces  
la familia cristiana eleva al cielo,  
mirar pensando á veces  
la sombra del abuelo  
en el rincón donde acabó su duelo!

Mi corazon encierra



memorias mil que á bendecir se atreve,  
recordando la tierra  
que corona la Sierra  
de eternas flores y perpétua nieve.

Allí, al pié de las hayas,  
ó de higueras silvestres coronados,  
en deliciosas playas  
ó en montes escarpados,  
mil lugares asientan ignorados.

Del Veleta, vecino  
quizás á los celestes luminares,  
del golfo cristalino  
que ondula cual los mares,  
y es laguna famosa de Batares,  
hasta la leve arena  
que de espléndido mar ciñe la espuma,  
desplégase la amena  
region que vence, en suma,  
al más rico pincel y vária pluma.

Por eso, en mi osadía,  
robar quiero á la tierra más fecunda  
en hermosa poesía,  
esta que solo es mía  
porque en la fé del corazon abunda.

Hoy de Jarifa canto  
los secretos amores que á Rodrigo  
debieron tanto y tanto,  
y de Zaida persigo  
al fiel amante, al desleal amigo:  
la constancia de Estrella,  
de Tuzaní el amor y la venganza,  
y la sangrienta huella  
con que su vida sella  
Pedro sin fé, sin honra ni esperanza.

Mas al pulsar la lira  
las miradas convierto cariñosas  
al suelo que me inspira...  
¡Oh playas venturosas!  
¡Mis cantigas os lleguen sonoras!  
Y cuando luego cante  
¡oh blandas olas, llenas de caricias!  
otro golfo brillante,  
recordad las delicias  
con que mi amor os lleva sus primicias.

Madrid—187...

# EL TUZANÍ.

## CAPÍTULO I.

CELOS DE DOS AMIGAS. ZAHOR. LOS CRISTIANOS  
JUNTO Á GALERA.

### I.

Así, en alegre azotea  
donde la vista se explaya,  
habla una tarde Zoraya  
con otra jóven, Maleha.

- ZOR. ¿Qué miras?  
MA. El sol poniente.  
ZOR. ¿Tan alto llevas tu anhelo?  
MA. ¿No ves el azul del cielo?  
ZOR. Tienes su azul en la mente.  
MA. ¿Qué esperanza me ilumina?  
Sin ella, Zoraya, muero!  
ZOR. ¿Qué buscas en el sendero  
que atraviesa la colina?  
MA. Ver el pájaro que vuela  
ó algun rústico que pasa.  
ZOR. Afán más vivo te abrasa,  
más hondo afán te desvela.  
MA. La luz... que en el horizonte



- entre celages espira.  
 ZOR. Para el alma cuando mira  
 baja sus cimas el monte.  
 MA. Erguida se vé la cumbre...  
 ZOR. Pero brinda fácil paso.  
 MA. Declina ya en el ocaso...  
 ZOR. ¿De tu esperanza la lumbre?  
 MA. Sí: no vuela más allá  
 de esos estrechos confines!  
 ZOR. ¡Si el alma tienes en Fines!  
 MA. Ha vuelto á Galera ya.  
 ZOR. Bardo que cantaba amores  
 ¿pasó otra vez por tu puerta?  
 MA. Pasó..., mas no estaba abierta.  
 ZOR. Y hoy canta ya tus rigores.  
 MA. Sus horas son infelices.  
 ZOR. Pero su consuelo aguardo.  
 MA. ¿Y cómo se llama el bardo?  
 ZOR. No es el bardo que tu dices.  
 MA. No? Su lloro me recrea.  
 ZOR. ¿Más que las trovas que ensaya?  
 MA. Eres curiosa, Zoraya.  
 ZOR. Eres callada, Maleha.  
 MA. Guerrero es el trovador:  
 maneja lanza y viola.  
 ZOR. Es verdad: su voz es sola  
 para cántigas de amor.  
 MA. Monta á veces un corcel  
 de noble arrogancia y brio.  
 ZOR. Pasa á veces por el rio  
 con sus armas el doncel.  
 MA. Diz que á su frente bizarra  
 no hay palma ó laurel que asombre.  
 ZOR. Diz que repiten su nombre

- los ecos de la Alpujarra.  
 MA. Y dicen te habló de amor.  
 ZOR. Y luego de amor á tí.  
 MA. Te engañas...  
 ZOR. ¿Es Tuzaní?  
 MA. Te equivocas...  
 ZOR. ¿Es Zahor?  
 MA. En tí, Zoraya, se emplea  
 su imaginacion...  
 ZOR. Pues vaya  
 tan distante de Zoraya  
 como próxima á Maleha.  
 MA. Excesivo es tu desden.  
 ZOR. Tarif es mi solo encanto.  
 MA. ¿Amas á tu padre tanto?  
 ZOR. Como tú quieres á Hacen.  
 MA. Y solo por él suspiras?  
 ¿Amas una sombra errante?...  
 Esa púrpura brillante  
 que en el turbio ocaso miras?  
 ¿Quizás la sonora fuente  
 que entre yerbas se desliza?  
 ¿Tal vez el áura que riza  
 los cabellos en tu frente?  
 ZOR. No es mi amor el dulce y vago  
 que vá errando sin objeto  
 como cefirillo inquieto  
 que besa el dormido lago,  
 en las verdes ramas juega  
 del árbol que hay á la orilla,  
 volar hace á la avecilla  
 que á sus impulsos se entrega,  
 pasa la llanura verde,  
 salta la montaña azul,

y en el diáfano túl  
de otro horizonte se pierde...

MA. De tus palabras arguyo  
tu amor constante y sombrío.

ZOR. Para conocer el mío  
basta conocer el tuyo.

MA. ¿Cuál es, Zoraya, tu amor?

ZOR. ¿Y cuál es tu frenesi?

MA. Pregúntalo á Tuzaní.

ZOR. No preguntes á Zahor.

MA. Por Alah!...

MA. Por Belcebú!

MA. Las dos vamos á un abismo.

ZOR. Y tú quieres?...

MA. Yo... lo mismo  
que tú!

ZOR. Lo mismo que tú!

MA. Solo á Tuzaní desea  
amoroso el corazón.

ZOR. De Zoraya la ilusión  
es la ilusión de Maleha.

MA. ¿Él te mandó ramilletes?

ZOR. ¿Él te regaló baladas?

MA. ¿Eran tuyas sus miradas?

ZOR. ¿Tuyos eran sus billetes?

MA. Te habló una vez en Purchena.

ZOR. Te habló en Fines una vez.

MA. ¡Ay de tu amante embriaguez!

ZOR. ¡Ay de tu amorosa pena!

MA. ¿En tus ojos se embriaga?

ZOR. ¿Acaso en los tuyos arde?

MA. Dí ¿qué esperas en la tarde?

ZOR. ¿Qué esperanza, dí, te alhaga?

MA. Tú miras aquel sendero.

ZOR. Tú la próxima colina.

MA. En la niebla vespertina  
se destaca... un caballero.

ZOR. Es tu bardo, triunfador  
del infiel, que viene aquí.

MA. ¡Qué empeño! No es Tuzaní.

ZOR. ¡Cambio fatal! Es Zahor.

MA. Tu imaginación se puebla  
de fantasmas, mas ninguna  
vá á reflejarse, oportuna,  
en el fondo de la niebla.

ZOR. Vuela tu imaginación  
errante, loca, sin tino;  
y hay nubes en tu camino,  
nubes en tu corazón!...

MA. Ves la dicha... ¡qué ansiedad!  
tu mano alargas... ¡en vano!...  
Aire cojes en tu mano,  
pero no felicidad.

ZOR. La tuya del aire nace  
y del agua... ¡ténue bruma!  
más ¡ay! no toques la espuma,  
que al tocarla se deshace.

MA. ¿Quizás Tuzaní desdeña  
el tierno amor que le ofrezco?

ZOR. ¿Acaso yo no merezco  
una mirada alhagüeña?

MA. Si nunca te la envió!

ZOR. Si solo se mira en tí!

MA. Oh! Te adora Tuzaní!...

ZOR. No... que siempre te adoró!...



## II.

Callaron ambas al par  
sintiendo ligero paso:  
la luz baña del ocaso  
un jóven que, al saludar,  
amistad revela franca;  
mas de la amarga ironía  
que en sus palabras habia,  
vivos diálogos arranca.

ZAH. ¡Cuan dichoso el adalid  
que produce esas querellas  
en los labios de dos bellas!  
Yo quiero paz y no lid.

Hacia el morisco, sus ojos  
las dos osan levantar;  
más los vuelven á bajar  
encendidos en sonrojos.

ZAH. Pon á tus afanes raya,  
dice al oido á Maleha,  
que Tuzaní no desea  
más que el amor de Zoraya.  
La voz oye de Zahor,  
dice á Zoraya más quedo,  
pues aseverarte puedo  
que es imposible tu amor.

Yo sé, añadió, vuestro afan:  
las dos ¡parece mentira!  
trocais la amistad en ira

por la sombra de un galan.  
El, con tu hermano el Maleh,  
riscos y nieves hollando,  
olvida que estás amando  
con apasionada fé.  
Mientras de Zoraya vela  
fiel el corazon amante,  
él correrá, palpitante,  
el rastro de una gacela;  
que á tan ciego frenesí  
mal corresponde su amor...

MA. Y quien le trajo á Zahor  
secretos de Tuzaní?

ZAH. Acaso el guerrero...

MA. Acaso  
por amor patrio no lucha?  
¿La voz del deber no escucha?...  
Vendrán con ligero paso  
á Galera los infieles,  
asaltarán las murallas,  
y no habrá sendas ni vallas  
que no manchen sus corceles;  
y todos al ser aquí  
vencidos con deshonor  
maldecirán á Zahor  
invocando á Tuzaní.

ZAH. Dicen que viene el infiel,  
¿porqué sus pasos no ataja?

MA. Dicen que el torrente baja,  
¿porqué no corres tras él?

ZAH. Yo guardo mi casa...

MA. El más:  
él defiende la de todos.

ZAH. Y son, por diversos modos,

todos patriotas.

MA. Quizás.

Uno cruza la Alpujarra  
saltando de cumbre en cumbre;  
otro destempla, á la lumbre  
del hogar, vieja guitarra.  
¿Igual ardor no revela,  
mi imparcial y dulce amiga,  
el que su lanza fatiga  
y el que hiere la vihuela?

ZAH. Bien tu palabra merece  
prender amorosa llama.

MA. Sabes, Zahor, á quien ama  
y á quien Tuzaní aborrece!

ZAH. Ama el láuro que le den  
teñido en sangre.

MA. Su alma  
no busca sangrienta palma;  
pero mi padre... es Hacen,  
y Hacen...

ZAH. Anhela el decoro  
de su nombre.

MA. ¡Triste yerro!

ZAH. Y á la corona de hierro  
preferirá la de oro.

MA. Calla...

ZAH. Y no olvide Maleha  
que el tiempo cumbres allana;  
que hoy se aborrece y mañana  
lo mismo nos lisongea;  
que hoy sueñas en Tuzaní  
y luego tu ardiente amor...

MA. ¡Nunca será de Zahor  
aun siendo dueño de mí!...

### III.

Mas Zoraya palidece;  
airada relampaguea  
la pupila de Maleha;  
grave Zahor enmudece;  
amores, dudas y celos  
en sus pechos estallando;  
mientras, la calma turbando  
del crepúsculo en los cielos,  
las brumas surgen del monte;  
y, entre fantásticas luces,  
fila asoma de arcabuces  
en el pálido horizonte.

MA. Mira, la jóven gritó,  
de las brumas á través:  
viste ya guerrero arnés  
y no tiembles como yo.

ZAH. Oirte causa sonrojos.

MA. Sé tú el bizarro adalíd.

ZAH. Miedo no tengo á la lid  
si no al calor de tus ojos.

MA. Los de Zoraya serán  
más luminosos y pios.

ZOR. Para qué busca los míos  
si vé que ciegos están?

MA. Oyes? El clarín te llama.

ZOR. Ya resuena el atambor.

MA. ¿Qué espera el bravo Zahor?  
Tu hogar defiende, tu dama!

ZOR. Tarif se acerca.

MA. Su afán



- es el amor de su hija.
- ZOR. Hacen su mirada fija  
en las huestes de D. Juan.
- ZAH. De Galera en los peñascos  
deja lucir, entre brumas,  
al ondular de las plumas,  
nuevas lanzas, nuevos cascos;  
relinchen los alazanes;  
crujan bronce, vibren hierros  
en los valles y los cerros...  
¿Qué importan rudos afanes?  
De Galera con pavor  
esa gente correrá;  
y en Galera triunfará.....
- MA. Quién!
- ZAH. ¡La hueste de Zahor!
- MA. Esa promesa sagrada  
la patria no te reclame.  
Ya que el pecho no te ame  
sienta el calor de tu espada!  
Mi vida pende de tí;  
la patria invoca tu mano...  
¡Vence glorioso al cristiano  
y vences á Tuzaní!

## CAPÍTULO II.

EMPEÑOS DE HACEN Y RESISTENCIA DE MALEHA.  
VISTE ZORAYA Á SU AMIGA EL TRAGE NUPCIAL.  
LOS CRISTIANOS TOMAN Á GALERA. CONFUSION.  
UN SOLDADO DELANTE DE LA ESPOSA. CODICIA.  
AMOR.

## I.

Repite en vano Maleha  
querellas de sus amores,  
que Hacen jamás las escucha  
y Tuzaní no las oye.

En el corazon del viejo,  
dó la avaricia se esconde,  
como reptíl entre zarzas,  
como la fiera en el bosque,  
labran huella más profunda  
que la nobleza del pobre,  
los esplendores del rico,  
de Zahor los esplendores.  
—Mentidas, el padre dice,  
son, hija, tus ilusiones:  
pues las engendró el capricho  
hoy la razon las deshoje.

El viento las arrebate,  
humo, ceniza se tornen,  
y nuevas y más lozanas  
otras en el pecho broten.

Ama á Zahor, que te ofrece  
 su afecto, no sus pasiones,  
 tranquilo lecho de púrpura,  
 no un lienzo de tienda móvil.  
 Vive en su casa tranquilo,  
 no cruza selvas y montes:  
 bastan á guardar sus lares  
 las armas de que dispone.  
 Por defender tu belleza,  
 si á anhelo tal correspondeste,  
 acaso dejando el hierro  
 de oro las espadas forje;  
 y cuando aprieten el nudo  
 de Castilla las legiones,  
 ó su fuerza lo desate,  
 ó su destreza lo corte;  
 pues si hoy bizarro defiende  
 la cuna de sus mayores,  
 la que va á ser de sus hijos  
 empeños requiere dobles.  
 Tú serás el númen sacro  
 que encenderá sus ardores;  
 y velando por Galera,  
 que el afán mantiene insomne,  
 verás á tu pueblo, libre  
 de los bélicos horrores,  
 ceñirte, como á su reina,  
 coronas de bendiciones.—

Replicó al viejo Maleha  
 que si Malec no lo rompe  
 ó Tuzaní no lo corta,  
 cerco habrá que los ahogue.  
 «Es más que audacia, locura,  
 tálamos alzar de flores

que pueden volverse tumba  
 de insensatos corazones.  
 Mas si dar puede mi mano  
 vida, libertad y goces,  
 la daré, padre, á Zahor,  
 daré mi cuello al azote;  
 pero darle el alma... ¡nunca!...  
 Id, recoged los pendones,  
 que en la Alpujarra flotando,  
 de las tormentas al choque,  
 llevan la última esperanza  
 mal prendida en sus girones...  
 Que allí vá el alma sufriendo  
 de la patria los dolores;  
 y cuando la patria, en brazos  
 de sus dignos campeones,  
 triunfante á Granada vuelva  
 ó muerta al África torne,  
 prended entonces mi alma  
 si al eden no vuela entonces!»—

Hacen sellando los labios  
 que veraces le responden,  
 —te casarás con Zahor,—  
 dijo con ásperas voces,  
 y en el festín de las nupcias  
 vendrán á sonar acordes  
 con las guzlas berberiscas  
 los hispanos atambores.—

Calló doliente la niña,  
 más aunque lánguida llore,  
 y se mese los cabellos,  
 y su hermosura destroce,  
 hay pechos tan insensibles  
 que son más duros que el bronce.



## II.

Así pasando los días,  
 creciendo las sinrazones,  
 Hacen cual siempre tirano,  
 Maleha cual siempre dócil,  
 los sitiados en sus rocas,  
 bajo ellas los sitiadores,  
 un alba hermosa de Enero  
 al dar su adiós á la noche,  
 Zoraya, viendo ya libres  
 á su amor los horizontes,  
 corrió entre júbilo y pena,  
 que no hay dolor que se agote,  
 á coronar á Maleha  
 de galas, perlas y flores.  
 Esparcidos los cabellos  
 en magnífico desorden;  
 suspenso un velo diáfano  
 sobre las perlas y aljófares,  
 que la envuelven luminosos  
 en celestes resplandores;  
 pechos de apretada nieve,  
 sin leve cendal que estorbe  
 admirar de sus contornos  
 las bizarras perfecciones;  
 lengua falda que, arrastrando,  
 el menudo pié no esconde,  
 colgando sobre la alfombra  
 en airosos pabellones;  
 bella como los ensueños  
 dulces que acaricia el jóven

de su amante fantasía  
 en los célicos transportes;  
 melancólica tristeza  
 colorando sus facciones,  
 parecía la morisca  
 la oveja que el sacerdote  
 ante el ara de los ídolos  
 al sacrificio dispone.

Como brota una azucena  
 de los sepulcros al borde,  
 aún brotaba la esperanza  
 del pecho, dó se recojen  
 entre mortales zozobras  
 las últimas ilusiones.  
 Dulce sonrisa bañaba  
 sus labios, dulces fulgores  
 el azul de sus pupilas,  
 y como entre nubarrones  
 brillante el iris, asoman  
 de las rosas los colores  
 en las pálidas megillas  
 dó ya los lirios se esconden.  
 Su mente acaso gozaba  
 viendo á Tuzaní: veloces  
 las áuras no seguirían  
 de su corcel el galope.  
 Baja la sierra; desciende  
 al valle; rocas enormes  
 salta; el barranco, el arroyo  
 pasa veloz, aunque arroje  
 cieno y espumas; la senda  
 que de los siglos al roce  
 trazó en la peña, á la orilla  
 de los abismos, recorre,

y en el cerro, dó Galera  
estriba, las huellas pone.  
Cejan, huyen, se disuelven  
á sus temerosos golpes  
las legiones enemigas;  
el terror de sus mandobles  
abre en el muro un portillo;  
llega triunfador, loores  
y vítores recibiendo;  
y antes que Zahor la robe,  
en sus brazos arrebatada,  
libre de vínculos torpes,  
la vírgen de sus ensueños,  
el ángel de sus amores.

Así despierta soñaba,  
antes que ciegos la inmolen,  
alma que volar quería  
por más serenas regiones.  
Tigre que vé á la gacela  
bajo sus garras feroces,  
ese es Zahor; cuervo ambriento,  
que á lanzarse se dispone  
del festín en las reliquias  
que codicioso recoge,  
ese es Hacen. Mas, turbando  
sus impuras aficiones,  
á la sala de las bodas  
llegaron recios clamores.

### III. .

Al terrorífico estruendo  
confusas exclamaciones

suceden, ora de asombro,  
ora de terror; las voces,  
los ayes, los alaridos  
crecen y aumentan; quien oye  
sinistro crugir de aceros,  
quien tiernas lamentaciones;  
huestes parece adelantan;  
turbas parece que corren.  
Y que á la par se derrumban  
techos sobre los informes  
escombros de muros rotos,  
y va desplegando, sobre  
las ruinas, el vasto incendio  
sus crecientes resplandores.

Huye Tarif con Zoraya  
entre densos pelotones  
de gente que ciega el pánico,  
pidiendo á los cielos logren  
hallar de incógnita senda  
los tenebrosos rincones.  
Hacen, el umbral guardando  
del sagrado hogar, conoce  
que aun vieja su damasquina  
vale más que la de un jóven;  
pues Zahor, viendo en Galera  
penetrar los sitiadores,  
en vez de atajar el ímpetu  
de los fieros escuadrones,  
imita á Tarif, diciendo  
que vida es antes que amores.

Y sola quedó Maleha,  
sola ya con sus dolores,  
por el terror eclipsados  
los ojos que fueron soles.



Trémula, pálida, deja  
la sala nupcial; recorren  
las alfombras sus chapines,  
y, por el espanto inmóviles,  
se clavan en ancho patio  
que ya alumbran de una torre  
vecina las llamaradas  
agigantándose enormes.  
—Salvadme—grita á un soldado  
que vé aparecer entonces...

Roto, descompuesto el traje,  
sangrientas las manos, donde  
brilla un puñal, adelanta  
ébrio ó vacilante un hombre.  
Piedad suplica la hermosa,  
mas él sus ruegos desoye:  
la hermosura de la víctima,  
que invoca santos amores,  
quizás al tigre detienen;  
mas enciende sus pasiones  
el brillo de los diamantes  
mal ocultos por las flores...  
Levanta el hierro homicida  
que mueve codicia innoble;  
y el valor de la inocencia,  
de la juventud los goces,  
de la beldad los hechizos  
inmola feroz, y rompe  
las entrañas de la esposa  
que, virgen, la muerte acoge!

De sangre en anchos torrentes  
se bañan los vencedores;  
más hierro y fuego no logran  
borrar de Galera el nombre!...

## CAPÍTULO III.

QUÉ SE DICE EN PURCHENA. ESFUERZOS DE LOS CRISTIANOS PARA TOMAR Á GALERA. PALABRAS DEL MALEC Y DE TUZANÍ. RECUERDOS DE ALMANZORA.

## I.

En Purchena están hablando  
del asalto de Galera:  
lúgubres son las noticias  
de los moros de Purchena.  
Hay ojos que vierten lágrimas,  
labios que producen quejas,  
y frentes encapotadas  
como noche de tinieblas.  
La duda agita los ánimos,  
aunque muchos aseveran  
que no cabe incertidumbre  
si son infaustas las nuevas.  
Dicen que Galera es nave  
de invencible fortaleza;  
pero no hay nave segura  
del rigor de las tormentas.  
Arriba tiene la quilla,  
la popa erguida se eleva,  
un castillo la protege  
y algunas torres la cercan.

Lo proa á la tramontana,  
y orgulloso en su pobreza  
un arroyo que no es río,  
aunque su título lleva.  
El pueblo, nave encallada,  
si no en el agua, en la peña,  
por bandas tiene los muros  
que poderosos la cierran.  
De turcos y berberiscos,  
y de gente de pelea,  
allí activa muchedumbre  
del Islam mueve la enseña.

Legion enemiga sale,  
con el príncipe, de Huéscar:  
aunque bisoña, temible  
porque los manda su Alteza.  
Para laureles nacida,  
alzar la frente debiera  
el que de turcos y moros  
logró rendir la soberbia.  
Allí entre rocas altivas  
los islamitas lo esperan:  
con los alfanges le amagan  
y le ofenden con sus lenguas.  
Calla don Juan reflexivo  
y los insultos desprecia;  
aunque el zumbar del insecto  
al noble león altera.

Más de una vez los cristianos  
acometen con fiereza:  
más de una vez con sus brios  
en los peñascos se estrellan.  
En vano rugen cañones  
y se levantan trincheras:

se ven los muros ilesos,  
cerradas se ven las puertas.  
En vano el ingenio apura  
los recursos de la guerra:  
no hay al pié del castellano  
ni un camino ni una brecha.

Brilla al fin una alborada,  
aunque de Enero, serena:  
todos piden el combate,  
todos el asalto anhelan.  
Don Juan en rústicas aras  
de Dios el favor impetra,  
y las oraciones suben  
al rumor de la contienda.  
La pólvora en las entrañas  
escóndese de la tierra;  
en la mina tenebrosa  
arde rápida la mecha.  
Horrible, imprevisto estruendo  
retumba en honda caverna;  
en torbellinos de polvo  
las rocas huyen deshechas.  
Desgárranse las murallas,  
y al derrumbarse las piedras,  
nuevos caminos se abren  
sobre las ruinas que humean.  
En los escombros pisando,  
un soldado corre, llega,  
salta la muralla rota  
y audaz en el pueblo entra.  
Los capitanes, de asombro,  
los soldados, de impaciencia,  
fiel cada uno á sus órdenes,  
mal sus arranques moderan.



Pero es el heroico ejemplo  
 aguijon que los inquieta,  
 y en animado desorden  
 los soldados se dispersan.  
 Allá en la altura aparece  
 de los moros la bandera:  
 es un héroe de Castilla,  
 es Lasarte el que la muestra.  
 Baja, ante el altar se postra,  
 sin orgullo la despliega,  
 don Juan aplaude su hazaña  
 y al cielo la vista eleva.  
 —Á la lid! grita, y la lid  
 ya las calles ensangrienta,  
 los altos muros arrasa  
 y los hogares incendia.

## II.

El valor y el heroismo  
 probaron allí sus fuerzas,  
 la cólera y la venganza  
 sus terribles inclemencias.  
 Rumores, asaz confusos,  
 de catástrofes horrendas,  
 ecos de aciaga derrota,  
 toda la Alpujarra llenan.  
 Los fugitivos, cual náufragos  
 de la furiosa tormenta,  
 refieren por donde pasan  
 las más horribles escenas.

Habla el capitán Malec  
 de la batalla sangrienta,  
 y le escuchan silenciosos  
 los moriscos de Purchena.  
 —Dicen que el África llora,  
 pero si España celebra  
 sus victorias, por Aláh  
 que hartas lágrimas le cuestan!  
 De la sangre derramada  
 ¡cuanta recoger quisiera!  
 ¡Allí, exánime tal vez,  
 yace mi hermana Maleha!  
 Diera por saber su suerte  
 la mitad de mi existencia:  
 ella es la luz de mis ojos  
 que ciegos están sin ella.  
 Mas si no darle mi vida,  
 por esposo yo la diera  
 al que sus ayes me traiga,  
 llevándole mis querellas.  
 —Yo iré, Tuzaní replica,  
 mozo de noble presencia,  
 con los ardores del joven,  
 del viejo con la firmeza.  
 Iré á saludarla viva  
 si no la saludo muerta...  
 —Veremos cual de los dos  
 sabe cumplir su promesa.  
 —Aunque la tuya faltara  
 también la mía cumpliera;  
 que por ver á quien amamos  
 ¡guarde el cielo su belleza!  
 diera la vida que tengo  
 y más vidas que tuviera.

—Y si es libre, yo te juro  
de mi hermana hacer tu sierva.

—Esclavo ser, no su esposo,  
felicidad es completa;

y por dar á su cadáver  
esta mano, que no tiembla,  
la paz rogára á don Juan  
el que le ha jurado guerra.

—Dios á Galera te lleve.

—Él me saque de Galera.

Y en un caballo montando,  
y clavándole la espuela,  
entre aplausos y suspiros,  
sale el moro de Purchena.

### III.

Ya con el sol poniente,  
ya con la aurora,  
gratas son las orillas  
del Almanzora.  
Rica, fértil, alegre  
siempre la vega  
que ya fiero arrebató,  
ya manso riega.  
Míranse en el espejo  
de sus cristales  
álamos corpulentos  
y naranjales.  
En Seron es arroyo,  
y lanza ricos

al golfo sus raudales  
en Villaricos.

¡Cómo trinan gilgueros  
y colorines

en el nido que alegre  
les presta Fines!

Ya cruzando ligeros  
densa alameda,

desafían al áura

que los remeda.

Ya á la sierra vecina

tienden el vuelo,

ó de Cantoria buscan

el verde suelo.

Ora van á Purchena

con las palomas,

ó de Olula descubren

áridas lomas.

Y diz que de la noche

ya en los confines

con alas presurosas

tornan á Fines.

Aquellos pajarillos

van, trinadores,

ensayando la trova

de sus amores.

Yo al oír sus cantares

en mi embeleso

á su pico dorado

mandaba un beso.

Sus ayes armoniosos

callado oía

con honda, incomprensible

melancolía.



Mas un alba, al murmullo  
de su conento  
respondieron las fibras  
del sentimiento.

—¿Porqué, dije, es tan grata  
su melodía?

—Porque le dá sus ecos  
el alma mia!

—¿No enmudecen las aves  
en dulce calma?

—Aun música del cielo  
suena en mi alma!

—¿Quién, sin lira ni cuerdas,  
mueve rumores?

—Las arpas invisibles  
de los amores!

—¿Qué tiene la argentina  
voz de Maleha  
que ya el ánimo turba  
ya lo recrea?

Más vaga que el susurro  
del cefirillo,

más dulce que las notas  
del pajarillo,

débil, suave, lánguido...

¡llega hasta el fondo  
del corazón turbado!...

¡Mucho más hondo!...

Yo la he visto á la orilla  
del claro rio

en una vaporosa  
noche de estío.

La he visto como rosa  
de los jardines,

cual fugitiva estrella  
que alumbra á Fines.

Á la cerca de un huerto  
la vi galana  
como la yedra verde  
de su ventana.

—¿Qué busca el caballero?  
me dijo ella.

—De las flores más lindas  
la flor más bella.

—¿La violeta no os place  
más que la rosa?

—No sabe, por humilde,  
que es tan hermosa.

—El lirio azul es bello,  
mas la azucena...

—De flores más gallardas  
Abril se llena.

Pero la flor que busco  
tiene colores

y aromas que le envidian  
aves y flores.

Es sola...

—¿Sola y triste?

—Reina y señora  
de todas las que alegran  
el Almanzora.

—Curiosidad de verla  
mi pecho siente.

—Pues mirad en las aguas  
de aquella fuente.

Corrió la hermosa presto,  
miró la linfa,

y vió en el fondo claro

gallarda ninfa!  
 Ella con la hermosura  
 cándida y propia,  
 aunque de las querubas  
 dicen es copia.  
 Vió los áureos cabellos,  
 el rostro puro,  
 sus ojos como un lago  
 de azul oscuro.  
 Y volviendo á la cerca  
 dijo la niña:  
 —¿no hay flores más hermosas  
 en la campiña?  
 Y huyendo con ligero  
 pié silencioso,  
 quedé inmóvil y pálido,  
 triste y lloroso.  
 Despues la ví en Purchena,  
 la hablé sombrío,  
 y me miraba triste,  
 mas sin desvío.  
 Violetas olorosas  
 pongo en su mano,  
 mas la aparta y murmura:  
 «si aun es temprano!»  
 Y nunca desdeñosa  
 ni lisongera,  
 siempre me dice, siempre:  
 «ama y espera!»  
 Oh! En la senda prolija  
 de siete años  
 ya recojo esperanzas,  
 ya desengaños.  
 ¿De otro amor la persiguen

tal vez antojos?  
 Si está sereno el lago  
 de aquellos ojos!  
 ¿Hay en su pecho nieve  
 de las montañas?  
 Si hay lava de volcanes  
 en sus entrañas!  
 Fuego lanzan sus ojos,  
 sus labios hielo...  
 ¿Será que Hacen apaga  
 su amante anhelo?  
 Al nombre de su padre  
 callaba astuta;  
 pero con voz, que lleva  
 miel y cicuta,  
 al marchar á la guerra  
 triste me llama,  
 y «nunca olvides» dijo,  
 la que te ama!  
 Oh! En el místico desierto  
 del alma mia  
 ¡qué florida esperanza  
 brotó aquel día!  
 Y en el tallo lazano  
 de mis amores  
 hoy las yemas que nacen  
 parecen flores!  
 —Tuya, una voz repite,  
 tuya es Maleha,  
 si no calló en el fuego  
 de la pelea.  
 Pero no existe acero  
 tan vengativo!...  
 Y si cautiva yace



seré cautivo!  
 Venturas y delicias  
 serán mis penas  
 al quebrantar los hierros  
 de sus cadenas.  
 Será un huerto de Murcia  
 feliz asilo  
 de inalterable dicha,  
 de amor tranquilo.  
 Y en granja, que perfumen  
 los azahares,  
 siendo la paz sustento  
 de los hogares,  
 de felices amores  
 en la presencia,  
 dulce será el ocaso  
 de mi existencia!»

## IV.

Estos recuerdos alumbran,  
 estas ilusiones pueblan  
 del jóven enamorado  
 la levísima carrera.  
 Estímulos son que vencen  
 las más rudas asperezas;  
 que magas son las pasiones  
 que sobre abismos nos llevan!  
 En el vértigo insensato  
 que lo empuja y lo enagena,  
 ver creyó pálido rostro

asomar á una eminencia.  
 Ansioso volvió los ojos,  
 tiró al caballo las riendas,  
 y allá en vaga lejanía  
 vió una lívida cabeza.  
 Tal vez la miró con odio,  
 si aborrece el que desprecia;  
 tal vez aquella miraba  
 con terror ó con vergüenza.  
 Cuando el animal brioso  
 la marcha emprendió más lenta,  
 en la cresta de las rocas  
 se enmarañaban las nieblas.  
 Árbol desnudo y escueto  
 se dibujaba entre ellas,  
 y los graznidos de un ave  
 retumbaban en las peñas.

#### CAPÍTULO IV.

YÁ JUZANI Á GALERA. ORCE. EL PRIMER LUCERO.  
NIEVE Y SOMBRAS. ¿MUERTOS Ó VIVOS? A LA LUZ  
DEL ALBA. ENCUENTRA Á SU AMADA.

##### I.

Rápido torbellino,  
desatado huracan en su carrera,  
parece en su camino  
el árabe corcel que vá á Galera.  
Salta la enorme roca  
que en la senda escabrosa se levanta:  
del abismo la boca,  
hondas fauces de un mónstruo, no le espanta.  
Ni un momento le turba  
de jarales y espinos la maraña,  
al lanzarse en la curva  
senda que se desliza en la montaña.  
Él burla la corriente  
de aquel arroyo que secó el estío  
y orgullo de torrente  
debe á las iras del invierno frío.  
Con estruendo baja,  
amenaza de muerte, de la cumbre,  
piedra que se desgaja  
de otras cien en revuelta muchedumbre.  
El reptil, presuroso,



se pierde en su recóndita guarida;  
 un pájaro medroso  
 tímido deja el árbol en que anida.  
 Ni la frígida escarcha,  
 ni el turbio cieno de la negra hondura,  
 nada altera la marcha  
 de aquel bruto, que rige la locura.  
 Al fin, entre neblinas,  
 descubre el jóven quebrantados muros...  
 ¡Orce, cuyas ruinas  
 puebla el miedo de espíritus oscuros!  
 El caballo abandona  
 en la desierta, misteriosa aldea;  
 y ya el cielo corona  
 un lucero que trémulo blanquea.  
 Más celage ligero  
 crece, se ensancha, rápido se abulta,  
 y el pálido lucero  
 entre su manto lóbrego se oculta.  
 Tuzaní, con la prisa  
 de la duda cruel que lo tortura,  
 luz persigue indecisa  
 que derrama el crepúsculo en la altura.  
 Cada sombra que viene  
 nuevo afán en su espíritu afianza...  
 ¿Quién el temor contiene  
 si noche y soledad doquier alcanza?  
 Densa lluvia gotea,  
 y con pausado son, continuo, lento,  
 extiéndose y serpea  
 por el campo desnudo y macilento.  
 Y ocupando la esfera  
 nocturnas sombras, invernizas brumas,  
 apareció Galera

entre heladas, inmóviles espumas.  
 De una hoguera reflejos,  
 entre el humo y las nieblas vacilando,  
 anuncian que no lejos  
 la enemiga legion está velando.  
 Y entre la sombra fría  
 siguiendo vá el intrépido viagero,  
 á la luz que lo guía,  
 enmarañado y áspero sendero.  
 Que dejó el castellano  
 de la arruinada villa la aspereza,  
 y en el próximo llano  
 halló cómodo abrigo y fortaleza.  
 La nieve en la alta villa,  
 reflejando volubles llamaradas,  
 ora cándida brilla,  
 ora es sangre del moro á las pisadas.

## II.

Pisa á Galera. Y late  
 su corazón con tan violento impulso,  
 que nunca en el combate  
 sintió el herido pecho tan convulso.  
 Y al pisar los escombros  
 legion de espectros silenciosa baja,  
 sin colgar de sus hombros,  
 un pliegue de la fúnebre mortaja.  
 Tristes, pálidos bultos  
 que, teniendo la nieve por sudario,  
 discurren insepultos

por las calles del pueblo solitario.  
 Les negó sepultura  
 el temporal, la guerra, la matanza,  
 y su errante figura  
 ni sacra tumba ni piedad alcanza.  
 Oh! En el furor insano  
 murió la esposa en el florido lecho,  
 murió el débil anciano,  
 y el niño de su madre sobre el pecho!  
 Padres, hijos, esposos  
 cayeron á la vez... Juntos sus manes,  
 errando misteriosos,  
 de Tuzaní duplican los afanes.  
 Vaga el enamorado,  
 mendigo del dolor, de puerta en puerta;  
 mas el lugar sagrado  
 de su cariño á descubrir no acierta.  
 Á los albores frios  
 de la brillante nieve, hollando corre  
 los hogares umbríos,  
 el muro roto, la caída torre.  
 Un cadáver que espera  
 sepulcro y paz, ofende con su planta,  
 y queja lastimera  
 lanza tal vez la rígida garganta.  
 Porque suspiro leve  
 hiere su corazón, turba su paso,  
 y si la planta mueve  
 eco lúgubre y fiel síguele acaso.  
 Rumor que avanza, crece,  
 y es cada vez más próximo, más cierto,  
 que á Tuzaní parece  
 el ay de un vivo, no la voz del muerto.  
 Llegan hasta su oído

palabras en arábigo idioma;  
 siente el paso medido  
 que el miedo acaso ó la prudencia toma.  
 —Tened, dice, un instante:  
 busco á las sombras cual leal amigo...  
 —¿Sois el amor errante  
 que no logra encontrar calma ni abrigo?—  
 Estrecha mano ardiente  
 su mano entonces cual el mármol fría,  
 y labio balbuciente  
 responde con acento de agonía:  
 —Buscas amor?... En vano!...  
 ¿Quién hallará la flor en el desierto?  
 Yermo cruzas insano:  
 huyó de aquí la vida... ¡todo ha muerto!..  
 —Pero vivis!...

—Sí vive,  
 (dice un acento grave, mal seguro,) solo vida recibe  
 del paternal amor que guardo puro.  
 —¿Pero qué voz es esa  
 que suena cual atroz remordimiento?  
 ¿Por qué al par me embelesa  
 y me produce amargo sentimiento?  
 ¿De dó venis? ¿Qué idea  
 os arrastra en la noche solitaria?  
 ¿No buskais á Maleha  
 perdida entre la sombra funeraria?  
 —¿Vienes, vienes acaso  
 en pos de esa mujer?...  
 —¿Y qué os asombra?  
 —Que persigue tu paso  
 la huella de un cadáver, de una sombra!  
 —Muerta! Oh Dios!...



—El acero  
no tiene compasion.

—¿Qué mano impía  
osó con golpe fiero  
su pecho herir y la esperanza mia?  
—De las pompas nupciales  
yo la vestí... Zahor, que la miraba,  
sus gracias virginales  
ya con ardientes ojos devoraba.  
—Y entonces...

—La sorpresa  
del infiel...

—¡Y el mancebo  
en la fatal empresa!...  
—No coje un láuro floreciente y nuevo!  
—No?... Y al empuge rudo  
del torrente cayó la dulce esposa!  
¡Ó fué algun pecho escudo  
al corazon herido de la hermosa!  
—Hacen guardó la puerta  
de su hogar, mas el cónyuge bizarro...  
—Huyó con planta incierta?...  
Uncido fué del vencedor al carro?  
Sí!... Yo lo ví... Corria,  
aun con miedo cerval, por la montaña...  
¡Y ella, inerme, sufria  
de algun ébrio sayon la torpe saña!  
Zoraya... ¿tú la viste?  
Tú, su postrer amiga, su consuelo...  
—Yo?... No!...

—Sin ella huiste?  
—Su padre la salvó de tanto duelo...  
Yo libré á mi Zoraya  
del bárbaro furor de la pelea!

¡Hacen acaso haya  
librado del sepulcro á su Maleha!

—Vive quizás?...  
—El hierro

y las llamas labraron estas ruinas;  
mas oportuno encierro  
hallar logramos en profundas minas.  
Si la vida te importa  
deja este horror, amigo desdichado:  
senda fácil y corta,  
propicia soledad hemos logrado.  
Ven con nosotros... Sea  
de los tres salvacion...

— Y amparo cierto.  
—No... Sin ver á Maleha  
no saldré de las ruinas, vivo ó muerto.  
—Tanto la adoras?

—¡Tanto!...  
Nunca comprenderás mi desvario!  
—Las olas de mi llanto  
son, Tuzaní, las aguas de ese rio.  
¿Comprendes tú mi lloro?...  
—Ven, hija mia, á consolar tus penas...  
Huyamos...

—¡Cuanto adoro...  
los abrojos que dan estas arenas!...  
—Adios.

—Vé que tu empeño  
es el empeño loco del suicida.  
—Dejadme en este sueño  
si es el último sueño de mi vida.  
—Propicio Allah te sea.  
—El os preste su luz en el camino.  
—Si abrazais á Maleha

no olvideis al doliente peregrino!...  
 Un suspiro, exhalado  
 de labios amorosos y suaves,  
 cual trino acongojado  
 que arranca el plomo á las heridas aves,  
 á Tuzaní llegara,  
 el afán aumentando que en él obra,  
 y entre la sombra clara  
 dos tristes huyen con mortal zozobra.

La nieve parecía  
 alumbrar las colinas y los valles,  
 y el mísero, á su guía,  
 cruzaba en vano las desiertas calles.  
 ¿Á dónde irá el morisco  
 que en la nocturna soledad se atreve  
 á hollar el alto risco,  
 el muro hundido que cubrió la nieve?  
 Recorriendo á Galera  
 entre la lluvia y el horror nocturno,  
 en ruinosa trinchera  
 fatigado se apoya y taciturno.  
 Y en el loco deseo  
 de agotar la inclemencia de la suerte,  
 padece como el reo  
 que la sentencia aguarda de su muerte.

## III.

Un rayo matutino  
 ya las celestes bóvedas alumbra,  
 y el triste peregrino

la blanca tienda de don Juan vislumbra.  
 Y ruinas por doquiera,  
 un pueblo yerto, mudo, solitario...  
 ¡Cadáver es Galera  
 y baja de las nubes el sudario!  
 El corazón amante,  
 entre el temor y la esperanza inquieto,  
 teme en aquel instante  
 ver de sus ansias el amado objeto.  
 Con marcha firme y cierta  
 todo lo corre, todo lo escudriña...  
 Y empuja al fin la puerta  
 que vió los juegos de la hermosa niña.  
 Pupila dilatada  
 clava en un patio con fatal empeño,  
 y su frente plegada  
 del supremo dolor anubla el ceño.  
 Túnica azul y grana  
 un cuerpo ciñe, hermoso todavía:  
 rosas de la mañana  
 en el semblante virginal lucía.  
 Los nupciales adornos  
 mano brutal arrebató furiosa,  
 brillando los contornos  
 como púrpura y nieve luminosa.  
 Y en el seno, rasgado  
 por dos heridas, en su sangre rojas,  
 un clavel sonrosado  
 abrir parece sus lozanas hojas.  
 En sus amantes brazos  
 los despojos recibe más queridos...  
 ¡Desgarradores lazos  
 entre sus pechos por la muerte unidos!  
 —Quede en tu frente impreso,



dice lloroso, el ósculo más santo...  
 ¡Primer, último beso  
 tras luengos años que adoré tu encanto!  
 De la pasión más loca  
 es hoy el premio tu ceniza inerte...  
 ¡La huella de mi boca  
 no borren, no, las alas de la muerte!  
 Los aceros crueles  
 no rasgan el cendal de tu pureza;  
 ¿y cómo los infieles  
 no cegaron al sol de tu belleza?  
 ¿Son espinas sin flores?  
 ¿Nacieron como yerba de los hielos?  
 ¿Son almas sin amores  
 que no han visto la lumbré de los cielos!  
 Fieras, que sin entrañas  
 en las tuyas su cólera cebaron,  
 con sus cruentas sañas  
 sed de sangre en mis venas inflamaron.  
 Aunque la parca dura  
 al cedro vence como al lirio tierno,  
 no ha podido triunfar de tu hermosura  
 ni de mi amor eterno!  
 Pero que importa? Vive tu belleza  
 y muere mi esperanza...  
 ¡Ay si á vivir empieza,  
 nacida en tu sepulcro, mi venganza!  
 Ángel dormido, yace sobre lecho  
 de inmaculada nieve...  
 ¡Dios el sudario ha hecho  
 que tan solo á las vírgenes se debe!

---

El desdichado calla, y en la tierra  
 cava profunda fosa;  
 los despojos carísimos encierra  
 sin ataúd ni losa.  
 Y á falta de marmóreo cenotafio  
 que digna tumba sea,  
 escribe en la pared este epitafio:  
*«Aquí yace Maleha!»*  
 Se arrodilla en la fosa; la mirada  
 dó nace el sol, convierte,  
 y dice, con la voz enamorada:  
 —Yo vengaré su muerte!—

---

---

## CAPÍTULO V.

### HORRORES DE UN ASALTO. CUMPLIMIENTO DE UNA PALABRA.

#### I.

La tarde reina. Su delgado velo  
sobre el campo descende  
de las azules bóvedas del cielo,  
y, al espirar, enciende  
el sol, que en occidente se desploma,  
las tiendas desplegadas en la loma.  
Aquel último rayo macilento  
acaricia un momento  
torba frente, que arrugan las pasiones  
como surcan el llano los turbiones,  
bélicas armas con su brillo hiere,  
y luego en las regiones  
del aire, tiembla y muere.  
La frente del soldado, el misterioso  
silencio, la mirada  
arcano doloroso  
revelan... Con siniestra llamarada,  
que pasa repentina,  
la nube de sus ojos se ilumina;  
mas calla oyendo el lúgubre relato,  
nunca á las almas compasivas grato,  
de lucha y muerte y destruccion y ruina.  
Soldados, narradores



de los estragos de la lucha fiera,  
se apiñan á los vivos resplandores  
de poderosa hoguera.  
Descúbrese no lejos,  
más que al fulgor de la humeante llama,  
del crepúsculo vago á los reflejos,  
la tienda de don Juan; y se derrama  
acá y allá, serena al aire frío,  
la hueste que domina á su albedrío.

Hiperbólica frase y tono alto,  
que es tal del andaluz génio y costumbre,  
usaba ante la absorta muchedumbre,  
de Galera al contar el duro asalto,  
jóven sentado á la encendida lumbre.

—¿Quién pintará, decia,  
la fúnebre grandeza de aquel día?  
Las heroicas acciones  
¿qué lábio dignamente cantaría?  
Triunfaban ¡ay! los árabes pendones,  
y allí la flor de España, allí caía.  
—Era el segundo asalto... Ví á Quiñones  
asir del muro la elevada piedra:  
alfange corvo dividió su mano,  
y, con audacia que al morisco arredra,  
otra alárgó para saltar ufano...

—Y audaz pisó la villa?  
—Zozobró como náufrago en la orilla.  
Herido en la cabeza, semi-vivo  
cayó en profundo foso...

—¿Y allí murió, con su dolor, cautivo?..  
—No: levantóse altivo,  
anduvo firme y escaló brioso  
de nuevo el alto muro...

—Y yo miraba

en tanto la fatídica figura  
que en los altos peñascos asomaba:  
con marcial apostura  
Zarzamodónia intrépida luchaba!  
—Mas se hundió su valor con su hermosura.  
—Si de su vida heroica, nuestros brazos  
deshicieron los lazos,  
rudos moriscos, en venganza fiera,  
ví de don Juan Pacheco, en la trinchera,  
dividirse los últimos pedazos!..  
—Bárbara gente!

—Nuevo asalto rudo  
sufrió Galera. Lo que nunca pudo  
el hierro ni el valor, hízolo luego  
en las entrañas de la roca el fuego...  
Voló como ligera  
exhalacion que en el azul espacio  
tiende su luminosa cabellera;  
y aquel muro, reacio  
en ceder al empuje del torrente,  
pavesas fué, cenizas de repente.  
—Y empezó luego sanguinaria orgía.  
—En un lecho, que ardía,  
yo una jóven herí, que, de tal suerte,  
loca tal vez, alegre sonreía...  
—Un anciano á mis plantas sucumbía  
que á sus hijas mató, dándose muerte.  
—Pero...

—Viendo á sus hijas  
tan hermosas que causanle pavora,  
las angustias prolijas  
del fiero asalto y la batalla dura  
recordaba con miedo... Entre cadenas  
las vé su perturbada fantasía;



y sepulta en sus venas  
 un acero cruel su mano pia.  
 Corre á su esposa ciego:  
 «libres tus hijas son» dice y suspira,  
 «tú libre serás luego,  
 «y libre el alma, que tu amor inspira.»  
 Y con heróicas sañas,  
 siendo igual su ternura á sus enojos,  
 destroza las entrañas  
 que de su amor llevaron los despojos.  
 —Luego...

—Á la lid se arroja el mahometano,  
 ¡y entró en su pecho el hierro castellano!  
 —De jóven amazona  
 yo la vida arranqué... De un casco bello,  
 no de florida, espléndida corona,  
 se orlaba su cabello...  
 Tan bizarra al mirarla en su belleza,  
 segando cual espiga su cabeza,  
 puse, por desagravio,  
 en su lívida faz ardiente labio...  
 ¿Quién iguala mi amor y mi fiereza?  
 —Yo, que acciones realizo más extrañas!  
 ¡Yo!.. En Peal de Becerro  
 nació quien supo, en hórridas hazañas,  
 romper con este hierro  
 de una vírgen, de un ángel las entrañas.  
 Inerme y bella mereció mis sañas!—

## II.

El narrador, alzado  
 del suelo, ya en la bruma sepultado  
 de la tarde que huía,

á sus plantas veía  
 la hoguera roja, el pálido soldado,  
 y á la ondulante llama, proseguía:  
 —Soy Francisco Garcés: este es mi nombre;  
 mi lecho fué la sangre en el combate;  
 y no hay fatal memoria que me asombre  
 en Órgiva, en Galera ni en Tablate...  
 Solo mi pecho ante un recuerdo late!  
 Nunca en mi vida nómade, cansada,  
 de estudios y aventuras,  
 ví en los cármenes bellos de Granada  
 morisca de sus galas y hermosuras...  
 ¡Quién soñó tal belleza ni tal hada!  
 Expléndida, abundosa cabellera  
 con hilos de oro, al aire movedizos,  
 orla su frente, que al marfil venciera;  
 de perlas y diamantes se enguinalda,  
 y en rubios, ámplios y flotantes rizos  
 cae, velando las formas de su espalda;  
 túnica azul como sereno cielo,  
 la envuelve en terciopelo,  
 que á tocar no se atreve  
 redondos pechos de apretada nieve,  
 aunque orgulloso arrastra por el suelo;  
 joyas dan á su cuello más decoro,  
 y adorna los confines  
 de breves piés, cautivos en chapines,  
 con ajorcas de oro,  
 que á su belleza igual es su tesoro...  
 La ví, y de asombro se fijó mi planta,  
 y se clavó de asombro mi pupila:  
 nunca riqueza tanta  
 ni tales gracias ví! Sola, intranquila,  
 roto el velo nupcial en blancos tules



que oscilaban flotantes  
entre lluvia de perlas y diamantes;  
en sus ojos azules  
suspendidas dos lágrimas brillantes,  
temblaba allí la virginal esposa  
la clemencia invocando;  
alcé el puñal con mano temblorosa,  
entre el oro y su hechizo vacilando;  
y con sentida queja,  
de su infeliz pasión último ruego,  
dice llorosa: «deja  
que mire á Tuzaní... Mátame luego!»  
¿Más que valen los ojos  
inundados en lágrimas de amores,  
cuando en sed de magníficos despojos  
del corazón se avivan los enojos,  
al brotar de sus galas resplandores?  
Su destino invocando y mi provecho,  
desprecié sus clamores,  
y hundí el puñal en su desnudo pecho!

Calla Garcés. Se eleva de repente,  
cual suele enderezarse una serpiente,  
brazo convulso, de puñal armado;  
se oye un grito de lúgubre ironía:  
—¿así el golpe sería?—

y antes de contestar á la pregunta,  
llega á su pecho la acerada punta.

Sonó un ay de terror y de agonía,  
un cadáver rodó sobre la hoguera,  
y á la luz, que sangrienta parecía,  
cien espadas brillaron á porfía  
al vivo impulso de venganza fiera.  
Mas Tuzaní, sereno,  
el tumulto feroz desafiaba,

y ya audaz á su seno  
una daga cruel amenazaba,  
cuando serena y fuerte  
voz de don Juan, que rápido llegaba,  
calmó el desórden y paró la muerte.

Se abrió la muchedumbre  
con respeto y dolor, muda y sombría...  
¡Solo un hombre, de pié cabe la lumbre,  
y otro inmóvil, en ella, se veía!  
¡El horror con la noche se extendía!

## EPÍLOGO.

### I.

Al hallarse frente á frente  
solos Tuzaní y don Juan,  
uno pálido el semblante,  
otro encendida la faz,  
los dos con palabras llenas  
de altivez y dignidad,  
no como el juez habla al reo,  
pero si de igual á igual,  
afirman que conversaron  
de la lumbre al espirar.

—Quién eres?

—Soy un morisco.

—Cual es tu trage?

—Un disfraz.

—¿Cuándo á mi campo llegaste!

—En Tíjola.

—Á qué?

—Á matar.

—¿Tus padres mató ese hombre?

—Mató mi felicidad.



—Ella quien era?

—Maleha.

Una cándida beldad  
que por el lecho de muerte  
cambió el tálamo nupcial!

—Era de Malec hermana.

—Bizarro es el capitán.

—Y á esa mujer adorando,  
pues no se la puede amar,  
y sabiendo que Galera  
cayó en sorpresa fatal,  
desde Purchena corriendo  
sobre rápido alazan,  
llegué, no á romper cadenas,  
pues la muerte es libertad,  
si no á enterrar un cadáver  
y ante su fosa jurar  
venganza del asesino,  
que aquí tendió mi puñal.

—Ella cayó en el asalto!

Él la despojó quizás  
de sus galas, de sus joyas!...

—Él confesó la verdad,  
y jactándose terrible  
de su hazaña sin igual,  
su nombre dijo y su crimen...  
y ya sabeis lo demás.

—El ladrón, el asesino  
yace en silencio mortal;  
y tú...

—Ya de la justicia  
espera el fallo.

—Te irás  
lejos... al África.

—Lejos!

—Tus amores á llorar;  
y la justicia del cielo  
tranquilo allí esperarás.  
Que no te vea esa gente;  
pues se pudiera vengar.  
—Morir anhelo en España.  
—Vé que sucumbe el Islan.  
—Ella está aquí.

—Ya su patria  
entre las rocas no está.  
—Me vencisteis perdonando:  
el cielo os guarde, don Juan.  
—El cielo dá la victoria  
y consuelos te dará.

## II.

Huyó lejos Tuzaní,  
más ni la tierra ni el mar  
de su espíritu pudieron  
ser freno á la tempestad:  
solo halló un punto de calma  
al pié de cristiano altar,  
oasis en el desierto  
de aquella vida fatal.

Tarif vivió con su hija  
en el seno de la paz,  
que turbaban las memorias  
de cierta noche glacial,  
en que su esperanza loca

se fué en la nieve á estrellar.  
 Zahor que, oculto en las breñas,  
 vió á Tuzaní, su rival,  
 caminar hacia Galera,  
 tras un cadáver no más,  
 cayó herido por la espalda  
 su salvacion al buscar,  
 huyendo de unos cristianos  
 que vieron al musulman.

Malec, herido en el pecho,  
 su enseña guardó tenaz:  
 así cayera su padre  
 á la puerta de su hogar;  
 así los fieros moriscos  
 ¡abandonados de Alláh!

## ÍNDICE.

	Págs.
El Poeta. . . . .	1
El Otoño. . . . .	6
Á D. P. A. Alarcon en sus dias. . . . .	11
Las ruinas de Tiro. . . . .	17
La Abeja. . . . .	21
La cueva del agua. . . . .	22
Cantares. . . . .	27
En el album de N. Salud. . . . .	32
La Fuente del Avellano. . . . .	47
La Alpujarra. . . . .	52
El festin de Noche-Buena. . . . .	55
El Niño de la Bola. . . . .	59
Un libro. . . . .	63
Bajar y subir. . . . .	65
Amores. . . . .	68
Las letras españolas. . . . .	81
La voz de las campanas. . . . .	88
Introduccion á las leyendas granadinas. . . . .	91
El Tuzaní. . . . .	97



## ERRATAS MÁS NOTABLES.

Pág.	Lin.	Dice.	Debe decir.
7	10	Olas ayer severas	Olas ayer serenas
8	16	de eternos remolinos	de eternos remolinos,
10	6	brindis, risas y cantares	brindis, risas, cantares
19	6	¡Mas hay de él!....	¡Mas ay dé!
19	26	ay! Barbaria cruel	ay! Barbarie cruel
34	1	Y agostada por el calor	Y es agostada por el calor
34	11	robada á los tesoros de Bíblica cancion.	robada al Santo Libro cerrado por San Juan.
34	13	....cual agua del cedron	....cual agua del Jordan.
34	13	La luz que se derrama en tus rasgados ojos	La luz que se derrama de tu rasgados ojos
52	4	¡qué armonias	que armonias
55	2	de helado viento ráfaga contraria	de la brisa otoñal ráfaga varia
55	1	Cual esparcen	Cual esparce
55	4	cruda la suerte varia	la fortuna contraria
46	24	en sus megillas	en sus megillas,
57	1	gozo del padre	gozo paterno
64	26	amparo te demanda,	amparo te demanda.
74	6	del corazon unísono	del corazon unísona
74	24	¡bella ficcion aquí	¡bella ficcion aquí
77	2	Otra vez y cien y otras	Otra vez y cien otras
76	32	de espinas erizado	de espinos erizado
83	27	pébiles flores.	débiles flores.

